 <p>Argentina <b>Virtual &amp; Actual</b> Centro de Estudios de la Realidad Nacional</p>	<p>Director: <b>Fernando de Estrada</b> Instituto de la Realidad Nacional</p>
<p>año 14   abril – mayo de 2015</p>	<p>Nº 62</p>

### ***“El Señor del Mundo”***

***(Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada en el programa “Los Dos Reinos”, que se transmite los domingos de 9 a 11 por AM 1270 Radio Provincia de Buenos Aires)***

**Fernando de Estrada:** -Se ha reeditado, en la Argentina, un libro muy interesante: “El Señor del Mundo”, de Robert Hugh Benson, una novela llena de sugerencias que se desarrolla en los “tiempos apocalípticos”, es decir, los tiempos del “fin de la historia”. Allí se destaca la presencia de un anticristo identificado (con nombre y apellido), pero el elemento dominante son, por un lado, la inminencia de la segunda venida de Cristo, y por el otro, lo que siempre es más difícil para un autor que se ocupa de este género de “novela apocalíptica”: la descripción de una atmósfera en que se mezclan la confusión y la esperanza en que se mueven los personajes de la trama. Es digno de recordarse que también en la Argentina se ha cultivado brillantemente este género con una obra muy interesante en dos tomos: “Juana Tabor” y “666”, de Gustavo Martínez Zuviría, donde encara el mismo tema desde una perspectiva local, es decir, una descripción de lo que podría pasar en la Argentina cuando los días del fin del mundo.

**Monseñor Aguer:** -Sí. Sólo que me parece que las obras de Hugo Wast son más espectaculares, mientras la de Benson es más profundamente filosófica.

**Estrada:** -Pero ambas tienen en común esa situación de la “gente del pueblo”, esa cantidad de personajes que aparecen en éstas y otras novelas del género y que están realmente sacudidos por una angustia o un sentido de derrota completa, de la que no se sale, y a la vez por una esperanza que tiene que ser mucho más fuerte que nunca, porque significa luchar contra toda posibilidad de optimismo; algo casi irracional, podría decirse.

**Mons. Aguer :** -Pero lo más grave, me parece, de esa contradicción que usted señala entre fracaso y esperanza, es que se da en un clima de enorme confusión, porque precisamente, el anticristo, que en la novela de Benson se llama Julián Felsenburgh, ha conseguido dominar al mundo, imponiendo ciertos valores “humanitarios”.

**Estrada:** -Eso es. También hay una tradición coincidente según la cual el anticristo será "el más bello hijo de mujer que haya habido" por su capacidad de seducción.

**Mons. Aguer:** -La cuestión es que se promueve un "humanitarismo" sin Dios, pero que supone la existencia de valores que podrían ser manipulados para engañar y confundir a mucha gente. Y a mí me impresiona la actualidad de la obra de Benson, porque si bien la problemática contemporánea sería aproximadamente la del Iluminismo, o sea la de un "humanismo sin Dios" o con un Dios vaporoso propio del panteísmo, hoy día existe un discurso muy frecuente sobre los valores en el que se nota cierta ambigüedad. Porque se presentan valores un poco abstractos, que son más bien deberes impuestos al hombre desde afuera. Y se olvida que el valor es un aspecto subjetivo del bien, pero el bien, objetivamente, se concreta como fin. Hay grandes bienes que son fines para el hombre: la verdad, la bondad, la belleza, por ejemplo, que son como las fuentes vitales de la libertad. Pero hoy día hay una especie de educación en los valores que prescinde de las realidades objetivas, las cuales son en definitiva las que pueden encaminar la libertad del hombre hacia su plena realización.

**Estrada:** -Y que va vaciando de contenido a esa misma palabra "valor". Porque si no existen los fines, si no existen los bienes ¿a qué pueden hacer referencia los valores?

**Mons. Aguer:** -Claro. Y, además, para los cristianos, esa imposición del tema de los valores soslaya la objetividad de la fe, la realidad de la fe, de la gracia, del don de Dios. Es curioso que un discurso sobre los valores humanitarios soslaya y descarta como si fueran simplemente "utopía" los valores de la fe cristiana.

**Estrada:** -Es que hay épocas a las que puede llamarse de demolición. Pero no tanto porque sus contemporáneos se dediquen a destruir, sino porque viven entre ruinas y le han tomado gusto a la costumbre. Cuando se habla de valor, en el fondo se está tratando de encontrar algún refugio subsistente entre los escombros de los bienes y de las virtudes. Y aunque se sabe que no se puede vivir sin la virtud se prefiere negarla y predicar como su sustituto al valor.

**Mons. Aguer:** -En todo caso se presenta al valor como un deber, como una imposición que se debe cumplir con esfuerzo: es una ética del deber, en definitiva. En cambio, la fe cristiana nos presenta valores que son realizables en la persona como virtudes, pero que son "dones" de Dios. Entonces, es una ética distinta, es una ética de la felicidad, de la contemplación, de la virtud, de la recepción del don de Dios.

**Estrada:** -Y en última instancia lo es también de la realización de la persona. Que va creciendo hasta alcanzar su auge, su verdadera identidad. En cambio, estos valores son siempre referencias externas, además de que pueden manejarse a gusto, en definitiva, por la sociedad semitotalitaria que los irradia. Y a propósito, es bueno recordar que el concepto "valor" apareció a finales del siglo XIX como una reacción contra el positivismo.

Esta escuela pretendía interpretar la realidad sólo a través de los métodos de las ciencias físico-experimentales, pero algunos de sus seguidores comprendieron que así no se entendían los fenómenos más propios de la humanidad -como sus dimensiones intelectuales, religiosas, morales y estéticas- y comenzaron a llamar a éstos "valores" para distinguirlos de los principios de conocimiento de la materia.

**Mons. Aguer:** -Así es. Chesterton decía ya que los valores son como el "enloquecimiento de las virtudes cristianas".

**Estrada:** -Eso nos lleva otra vez a las novelas apocalípticas: el tiempo de la confusión, en el cual –como se anuncia en otros párrafos de las Escrituras– aparecerán "falsos cristos". Y esos falsos cristos no van a manifestarse como gente mala, como degenerados (aunque es muy probable que ejemplares así no irán a faltar). Al contrario: se van a presentar como una especie de faquires heroicos.

**Mons. Aguer:** -En "El Señor del Mundo" esos presuntos valores humanitarios constituyen el argumento para perseguir a los cristianos como "enemigos de la Humanidad".

**Estrada:** -¿No había pasado eso ya en el Imperio Romano, cuando a los cristianos se los perseguía por ateos?


**Mons. Aguer:** -Así es.

**Estrada:** -Desde luego, de ninguna manera estamos aportando con esto a las interpretaciones excesivamente historicistas que dicen que San Juan, al escribir el Apocalipsis, quería referir acontecimientos de su época de manera alegórica. Pero que algunas épocas históricas anticipan lo que dice la Escritura acerca de cómo va a ser el fin de los tiempos, no hay la menor duda.

**Mons. Aguer:** -Aunque seguramente San Juan, cuando escribe el Apocalipsis, también tiene en cuenta la situación de los cristianos en el Imperio. Tanto es así que se argumenta que el "número de la bestia" (que le atribuye al anticristo el "666"), significa "César – Nerón".

**Estrada:** -Hay quienes lo afirman. Pero yo creo que esencialmente se trata de una anticipación de lo que se va a ventilar en los últimos tiempos, caracterizados precisamente no por el mal ostensible, sino por el mal disimulado. Ahora, Usted fíjese, Monseñor, que siempre los grandes problemas morales, que son aquéllos donde se enfrentan las aplicaciones prácticas de los conceptos del bien y del mal, ¿cuándo son más profundos? ¿Cuándo está bien definido el mal por un lado y el bien por el otro? No, porque entonces para la razón la solución es muy fácil. Para la voluntad puede ser un poco más difícil, eso sí. Pero la razón no se confunde. En cambio, en las épocas de tipo apocalíptico no se distingue con certidumbre dónde está el bien y dónde está el mal. Cuesta mucho hacer esa discriminación. Quizá por eso ahora se habla tanto de antidiscriminación.

**Mons. Aguer:** -Y es que el hombre se pone en el lugar de Dios, como se ve tan claramente en el libro de Benson; de paso recomendamos a nuestros oyentes que se hagan lectores de "El Señor del Mundo" de Benson para comprender mejor que el problema es ése: el hombre poniéndose en el lugar de Dios.

 <p>Argentina <b>Virtual &amp; Actual</b> Centro de Estudios de la Realidad Nacional</p>	<p><b>Director: Fernando de Estrada</b> Instituto de la Realidad Nacional</p>
<p>año 14   abril – mayo de 2015</p>	<p><b>Nº 62</b></p>

***Conservadores norteamericanos: la búsqueda de algo para conservar***

**por  
Fernando de Estrada**

Los fundadores de la república norteamericana dejaron, junto con las instituciones constitucionales, abundante material doctrinario de cuyo conjunto puede sacarse la conclusión de que la guerra de la independencia no constituyó una revolución social como la francesa de 1789, sino la afirmación nacionalista de valores políticos anglosajones que no eran patrimonio exclusivo de Inglaterra.

Por eso los temas de la política británica mantuvieron su vigencia en los Estados Unidos de modo espontáneo y vital prácticamente hasta el día de hoy. Más de una vez se ha procurado establecer un paralelo entre la América del Norte y la América del Sur para descubrir por qué, con iniciaciones tan semejantes en la vida independiente, los resultados difieren tanto.

Sin ánimo de resolver la cuestión, vale la pena meditar en el hecho de mientras las trece colonias emancipadas en 1776 ratificaron con los actos de sus gobiernos y sociedad civil la tradición que los entroncaba en el pasado británico y a través de él en la civilización occidental, los latinos del sur hemos denostado sistemáticamente nuestro origen hispánico en las primeras décadas de la existencia independiente.

Peor para nosotros, que hemos quedado en una situación más postergada. No por nada España, después de una inevitable reconciliación, es para nosotros “madre”, mientras que para los norteamericanos los ingleses son “primos”. La primera expresión puede contener más cariño, pero la segunda sin duda manifiesta plena igualdad en la participación de una tradición común.

Estados Unidos alimentó así su ideología oficial con la inspiración del pensamiento político británico del siglo XVIII y sus comentaristas americanos hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. La crisis –es decir, la “puesta en juicio”- de los valores admitidos que comenzó entonces alcanzó a John Locke, cuyas ideas inspiraban hasta ese momento a los liberales y en medida menor a los conservadores.

¿Habría que interpretar el hecho como una demostración de que América, en realidad, era un fenómeno histórico absolutamente nuevo, y que si algo debía a Gran Bretaña era una tradición liberal? Un grupo de historiadores formuló su respuesta el mismo día de la muerte del presidente Franklin Roosevelt, el 12 de abril de 1945. En esa fecha constituyeron la Sociedad Burke en la Universidad de Fordham, con el propósito de “recordar

los principios, valores y tradiciones que son la herencia de la sociedad política e internacional de la Cristiandad”, de los cuales Edmond Burke, el gran orador del Parlamento de Gran Bretaña que anatematizó a la revolución francesa, fuera uno de los más cabales expositores.

La evocación de Edmond Burke era oportuna. En el prólogo de una antología de sus obras que la sociedad publicó, puede leerse: “Las profundas máximas de Burke nunca fueron tan despreciadas como durante los catastróficos cincuenta años recientes. Nunca campearon con tanto aplomo los ‘sofismas metafísicos’ como en esta época...Ha sido una época de ‘planeamientos’ doctrinarios o, como hubiera dicho Burke, de ‘esquemas’. Los dirigentes políticos olvidaron la ley natural, hasta que los errores racionalistas de Rousseau y de Paine reaparecieron con el socialismo, el comunismo y el fascismo, que significan la voluntad ciega de imponer la sinrazón en nombre de la razón. Para asombro de algunos observadores superficiales, hemos salido de la Segunda Guerra Mundial como representantes de la causa conservadora: la causa de conservar la vida y la libertad contra el despotismo totalitario. Es la misma causa que representó Burke...”.

En el pasado anglosajón existía, pues, otra tradición política que la personificada por Locke. Quien emprendió la tarea de destacar su significación fue Russell Kirk, autor de un notable estudio titulado “The Conservative Mind” (editado después en traducción castellana con el título de “La Mentalidad Conservadora en Inglaterra y Estados Unidos, editorial Rialp, 1956). En esta voluminosa obra Kirk aceptaba que la corriente conservadora llevaba las de perder en el mundo desde 1789, pero también afirmaba que “desde entonces nunca cesó de batallar”, y que varios signos indicaban su creciente ascendente en los Estados Unidos.

El libro de Kirk abarca un período de más de ciento cincuenta años durante los cuales pensadores y hombres de Estado mantuvieron la vigencia pública de “los seis cánones del pensamiento conservador”. Éstos, según Kirk, son: “1º, la creencia de que un designio divino rige la sociedad y la conciencia, forjando una eterna cadena de derechos y deberes que liga a grandes y humildes, a vivos y a muertos. Los problemas políticos son, en el fondo, problemas religiosos y morales. 2º, el gusto por la variedad y misterio de la vida tradicional, en contraposición con los objetivos estrechos de uniformidad, igualitarismo y utilitarismo de la mayoría de los sistemas radicales. 3º, la convicción de que la sociedad civilizada requiere órdenes y clases. La sociedad anhela la autoridad, y cuando se la destruye los nuevos Napoleones llenan el vacío. 4º, la convicción de que propiedad y libertad están inseparablemente unidas, y de que la nivelación económica no implica el progreso económico; suprimase la propiedad privada y desaparecerá la libertad. 5º, fe en las prescripciones consuetudinarias y desconfianza hacia los “sofistas y calculadores”. La tradición y los prejuicios legítimos permiten contener los impulsos anárquicos del hombre. 6º, el reconocimiento de que cambio y reforma no son la misma cosa”.

La investigación histórica cumplida por Kirk demuestra que, basada sobre la influencia de Burke, en los Estados Unidos existió una tradición de pensamiento conservador, no sistemático ciertamente, pero que por eso mismo constituía un “movimiento” cuyas manifestaciones se registraban en muchos aspectos de la vida nacional. Con ello, según señaló uno de los primeros comentaristas del libro, “Kirk logró dar identidad a la hasta entonces amorfa y dispersa oposición al liberalismo”.

El movimiento conservador cuya trayectoria exponía Kirk adquiría de este modo una conciencia de sí completamente nueva, y la seguridad de que no se trataba de "un conservadorismo sin nada que conservar".

### ***Caballerosidad vs. Nominalismo***

Si bien Kirk obtuvo especial notoriedad al demostrar la continuidad del pensamiento conservador, no era el primero en rastrear los antecedentes de la reacción contra los conceptos relativistas y positivistas conocidos en los Estados Unidos bajo el nombre de liberalismo. Richard Weaver había escrito tiempo antes sobre las características culturales del sur previas a la guerra civil, en las cuales hallaba elementos de profundo valor moral (entre los cuales no estaba incluida la esclavitud, por supuesto). Weaver atribuyó la existencia de los mismos a su transmigración desde Europa, lo cual le llevó a plantear las crisis culturales del viejo continente anteriores a la independencia americana como cosa propia.

Según Weaver, la clave del orden europeo había sido el "sentido de lo caballeresco", una especie de código moral a través del cual se comulgaba con los valores universales del espíritu. Para Weaver, las deficiencias de la vida norteamericana son efectos de la ruptura de ese código no escrito que se produjo con lo que él llama "la decisión perversa de Occidente por el nominalismo". El nominalismo, escuela de ideas brotada a fines del siglo XIV, sostiene que no existen valores universales y que, como explica Weaver, "toda fuente de verdad existe sólo en el hombre".

Weaver el historiador se convirtió gradualmente, a impulso de sus propias investigaciones, en Weaver el filósofo de la sociedad. Había analizado el origen de las ideas vigentes en su tiempo y en el del "viejo sur", y ahora emprendía una nueva obra que se llamaría "Las Ideas Tienen Consecuencias", llamado a ser uno de los grandes éxitos de librería en Estados Unidos. Las ideas nominalistas significaban "la negación de toda experiencia de lo trascendente, y por ello la negación de la verdad. El rechazo de los universales y la verdad objetiva no deja otra conclusión que el relativismo y la aceptación del hombre como medida de todas las cosas. Puesto que no se aceptaba otra realidad que la registrada por los sentidos, no quedaba sino un materialismo cada vez más burdo, llamado a desembocar en el colectivismo".

La desintegración general de los valores, señala Weaver, se advierte también en la inferiorización del lenguaje, que es "el gran depósito de la memoria universal". La tendencia a la contaminación del lenguaje viene de reducir todo las sensaciones, como consecuencia del nominalismo. La poesía, la dialéctica y las formas superiores de la literatura se extinguen en tal clima, con la consiguiente pobreza de la civilización.

### ***Del nominalismo a la tiranía, pasando por el positivismo***

John Hallowell, de la Universidad de Duke, recogió las críticas de Weaver y sintetizó las consecuencias del positivismo, es decir, la identificación del mundo moral del hombre con los demás capítulos de la naturaleza. "¿Es posible aceptar" se preguntaba- "que para el estudio de la política se apele a una 'indiferencia científica' respecto de toda

consideración ética? ¿Hemos recorrido el camino acertado al procurar 'emanciparnos' de la historia, la filosofía, el derecho natural y la ética?". Hallowell lo negaba y vaticinaba los resultados del positivismo: "Si, tal como lo sostienen los positivistas, ninguna justificación racional es genuina, sincera ni real, las diferencias políticas se resolverán, en definitiva, por la fuerza, y la política deberá ser entendida como una de las formas de la guerra. ¿Y cómo podrá condenarse a un tirano por ser injusto si la palabra 'justicia' ha sido eliminada del idioma?".

En la Argentina hace ya décadas que el constitucionalista Salvador Dana Montañó dio a conocer la obra central de Hallowell, "La Decadencia del Liberalismo como Ideología". Hallowell admite que una sociedad en la cual el liberalismo es credo oficial puede, en la práctica, ser transitoriamente virtuosa, pero ello sucede no por acción del liberalismo mismo sino porque éste es una "ideología parásita", que se instala en una sociedad con certezas a las cuales va corroyendo implacablemente. El liberalismo, sostiene Hallowell, se ha formado en un ámbito cristiano y ha vivido derrochando el capital de su herencia, a la cual no ha agregado nada porque el escepticismo no es creador. Sin embargo, las libertades y los derechos humanos que los liberales de todo el mundo ponen por los cielos sólo subsistirán si asientan sólidamente en los fundamentos éticos y espirituales de la civilización occidental. Tal es el mensaje de este conservador a los liberales que de veras creen en la libertad aunque la perderán si perseveran en defenderla con argumentos erróneos.

Pocos años después de la crisis de la postguerra el conservadorismo norteamericano había logrado la madurez de un movimiento intelectual que podía disputar a sus adversarios el ascendiente sobre los ámbitos académicos. Las vertientes que confluyeron para ello –el libreempresismo, el anticomunismo y el tradicionalismo- habían trascendido los temas que los motivaron originalmente hasta encontrarse en la defensa y actualización de principios de validez universal. Poco faltaba, aunque ellos todavía no lo intuían, para que los conservadores fuesen escuchados por las mayorías populares, ansiosas también de un cambio.

### ***Las dos caras de John Locke***

Hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos fueron un país dominado por el optimismo. Su credo político podía sintetizarse en la veneración del sistema democrático como allí se lo practicaba y el imperativo moral de difundirlo por el mundo. Esa idea mesiánica sirvió para justificar el crecimiento del territorio original de los trece estados originales federados en 1776 para la guerra de la independencia hasta alcanzar magnitudes continentales. Inclusive los contenidos racistas de la expansión estadounidense quedaron ocultos tras el mesianismo político de la idea democrática: los hispánicos de Texas y California, dado su tinte oscuro, no eran dignos de conservar sus tierras ante los anglosajones en marcha, pero de todos modos debían agradecer su incorporación al mundo de valores de la Constitución norteamericana. Tal actitud, con todas las características de la hipocresía, era sin embargo sincera.

La mentalidad política de los Estados Unidos estaba modelada por las ideas vigentes en Gran Bretaña al tiempo de romperse la unidad de ambas naciones, especialmente por las ideas de John Locke, considerado el

fundador del liberalismo y una especie de quinto evangelista. Pero en realidad John Locke no había sido un espíritu inmaterial portador de una verdad revelada; en su vida estuvo vinculado a los vaivenes políticos de una época particularmente agitada de la historia inglesa, especialmente a través de su protector Lord Shaftesbury, uno de los líderes de la resistencia contra las prerrogativas de la Corona.

Aunque sería injusto y erróneo considerar a Locke como un mero reflejo de sus circunstancias, es un hecho demostrado que su obra tiene un fondo panfletario destinado a sostener a uno de los partidos en pugna de la Inglaterra de entonces. Y no siempre de manera coherente con sus principios; Shaftesbury, revolucionario liberal en Inglaterra, tenía en América posesiones para el gobierno de las cuales Locke preparó un estatuto absolutista. Éste es el único trabajo sobre el mundo de aquende el Atlántico que escribiera el teórico de la libertad llamado a ejercer tan profunda influencia en los Estados Unidos (y no es el único lugar de su obra donde enfoca los problemas políticos desde una perspectiva distinta de la más conocida en él).

Locke tiene, pues, más de una interpretación posible aun cuando prevaleció la "liberal", que admiraba en el maestro al teórico del contrato social y su consecuencia la soberanía de la mayoría, al predicador de los derechos naturales de rebelión y resistencia a la autoridad. El otro Locke, bastante eclipsado, era cultivado con fruición por los "conservadores", que abrevaban en él los amados conceptos de gobierno limitado, individualismo, propiedad privada, supremacía del legislativo.

### ***Nazis y socialistas***

La postguerra planteó a Estados Unidos problemas que desbordaban aquella ideología lockiana. Un poco a disgusto, el país se encontraba en ejercicio de una función de gendarme mundial y defensor del mundo libre frente al comunismo, cosa que le exigía un análisis de los principios con los cuales pretendía enfrentar a su temible enemigo. Por otra parte, el fin de la contienda coincidió con el agotamiento del "New Deal", el ensayo de intervencionismo estatal en la economía emprendido por el presidente Franklin Roosevelt. Esta experiencia no dejó satisfechos a los "conservadores" ni a los "viejos liberales", quienes comenzaron a calificar al "New Deal" de experiencia socialista impropia para la nación que acababa de asumir el papel de campeón contra los Estados totalitarios y abanderada de las libertades, incluida la libertad económica.

Por añadidura, en Alemania e Italia, los vencidos de la guerra, se observaba el rápido avance del comunismo, dueño ya de Europa Oriental como resultado de los pactos del autor del "New Deal" con Stalin. En Inglaterra, Winston Churchill había perdido el poder en beneficio de sus adversarios laboristas, quienes emprenderían una experiencia estatizante que cambiaría profundamente a la sociedad inglesa. El gobierno provisorio del general de Gaulle en Francia estaba en buena medida integrado por representantes del partido comunista, el cual a partir de las elecciones de 1946 con las que se inauguró la Cuarta República pasó a ser el grupo con mayor número de parlamentarios. La situación en otras partes del planeta era todavía más inquietante, especialmente en Asia, donde los nombres de Mao Tse Tung y Ho Chi Mihn crecían cada día en significación.

¿Había valido la pena librar la guerra más espeluznante de la historia para encontrarse con que el totalitarismo comunista reemplazaba al nazi, y de manera más amenazadora? Algo andaba mal en las formulaciones políticas para que la tan ansiada paz no fuera tal sino guerra fría.

En ese clima de perplejidad irrumpió como un meteoro inesperado un libro llamado "Camino de Servidumbre" (Road to Serfdom). Su autor, Friedrich Hayek, años después Premio Nóbel de Economía, era un caso singular, muy a propósito para ejemplificar el verdadero fondo de ideas que yacía bajo la superficie de los movimientos políticos tan decepcionantes.

Hayek era austríaco, muy atento a lo que ocurría en su nativa Europa Central aunque se había radicado en Londres, donde enseñaba economía desde 1931. A fines de la guerra se consideró obligado a expresar una opinión disonante. Observaba entre los ingleses una creciente incompreensión sobre la índole del nazismo, al cual él repudiaba visceralmente. El totalitarismo de Alemania, denunciaba Hayek, se definía como nacional-*socialismo*, y este segundo elemento de la definición configuraba la clave de su perversidad. "El planeamiento económico lleva a la dictadura...El dirigismo desemboca necesariamente en la supresión de la libertad": eran éstas palabras que no podían halagar a los socialismos democráticos de occidente.

Pero el lenguaje de Hayek no ponía límites a su intención de claridad. Todo colectivismo es totalitario, agregaba, y la idea de un socialismo democrático es ilusoria e impracticable: "El control de la economía no es solamente el control de un sector de la vida humana que pueda ser separado de los demás; es el control sobre los medios para todos nuestros fines. Y quienquiera disponga del monopolio de tales medios también determinará qué fines tendrán validez, cuáles valores serán considerados superiores y cuáles inferiores. En definitiva, resolverá en qué debe creer el hombre y por qué debe esforzarse".

Los nazis adherían abiertamente a la tiranía, pero la pudieron ejercer porque eran socialistas; los laboristas ingleses invocan a la libertad, pero si aplican su programa socialista terminarán por implantar una dictadura tan rígida como la de los nazis, sacaba en conclusión Hayek.

"Camino de Servidumbre" despertó la ira oficial del partido laborista británico y encendió polémicas en la isla, pero el destino del libro estaba en América. Tres editoriales de los Estados Unidos estudiaron la edición inglesa y consideraron que publicarlo sería mal negocio. La editorial de la Universidad de Chicago encaró el tema desde un punto de vista más platónico y lanzó dos mil ejemplares al mercado, que para sorpresa de todos los absorbió en el acto. Una semana después hubo que hacer una reimpresión de cinco mil ejemplares; pocos meses más tarde, circulaban más de un millón de ejemplares del libro.

La opinión pública norteamericana había registrado en las denuncias de Hayek, originariamente orientadas hacia el ámbito europeo, una estricta aplicación a los avances del "New Deal" y una afirmación de las tradiciones nacionales de libertad política y económica, cuya inseparabilidad se demostraba.

Movidos por el impulso de Hayek, los partidarios de la libre empresa se lanzaron abiertamente a la difusión de sus principios. Eran una minoría de intelectuales, cosa desconcertante para la interpretación marxista, que considera a las ideas como una prolongación de los intereses económicos. Pero en el bastión del capitalismo, el mundo académico se inclinaba por lo

general al intervencionismo del Estado y a la supresión de las costumbres tradicionales. Este "liberalismo" era la prueba visible de que las actitudes políticas responden a móviles de orden espiritual antes a los meros mecanismos de la economía y el poder.

La reacción antiestatista restringida al ámbito económico estaba, por ello, afectada de una deficiencia sustancial. La mentalidad del "New Deal" no se modificaría por la sola demostración de que las técnicas económicas libreempresistas resultaban más eficaces. El mismo Hayek había ya advertido a sus seguidores que el mal procedía de otras profundidades, concretamente del racionalismo de Descartes, el cual al erigir a la razón separada de la experiencia como criterio supremo preparó el concepto de que la sociedad puede ser entendida y manipulada totalmente por la razón humana. Este pseudo-individualismo racionalista se oponía, según Hayek, al individualismo auténtico y desembocaba en el colectivismo.

Un acontecimiento decisivo acabaría por demostrar que la reacción conservadora debía ser no sólo filosófica sino incluso religiosa: el caso Hiss.

### ***Los que volvieron del infierno***

En plena guerra fría, en los Estados Unidos existía una inveterada incomprensión de lo que es el comunismo. Ello era consecuencia de una formación intelectual y moral (el "american way of life") que no alcanzaba a comprender la posibilidad de algo tan opuesto a ella como el modelo del "hombre marxista". Por supuesto, había además una propaganda que contribuía a mantener esa ignorancia. Salir de ella era y es normalmente consecuencia de un esfuerzo intelectual serio y no demasiado fácil. Quienes han recorrido esa vía suelen llamarla "regreso del infierno" cuando además han participado de los mitos y emociones propios de la ideología totalitaria.

Por ese camino, el de los desengañados del comunismo, ambuló Whittaker Chambers. Durante su militancia pro-soviética conoció el mecanismo de acción usado por sus entonces camaradas; años después, en 1948, tuvo pruebas de que en el Departamento de Estado uno de los más altos funcionarios, Alger Hiss, era un espía comunista. No vaciló en denunciarlo, desencadenando de ese modo un proceso judicial que culminó con la condena de Hiss. Eso no fue más que el principio de una confrontación mayor entre el incipiente movimiento conservador y los "liberales" de izquierda, que cerraron filas en defensa de Hiss (Dean Acheson, el Secretario de Estado, llegó a afirmar que "no abandonaría" a Hiss).

La respuesta de Chambers se hizo escuchar tiempo más tarde, en 1952, en su libro "Testigo" ("Witness"). Poniéndose por encima de lo accesorio en la polémica, Chambers explicaba allí que el comunismo significaba una crisis trascendental en la Historia, una crisis completamente distinta a cuantos riesgos habían amenazado hasta entonces a la civilización. El comunismo, alertaba Chambers, "es una religión alternativa, la tentación del 'seréis como dioses'...Es la visión del hombre que desplaza a Dios como la inteligencia creadora del mundo...para con la sola fuerza de su inteligencia racional reorganizar su destino...La crisis del mundo occidental existe en la medida de su indiferencia con Dios".

Respecto a sus atacantes durante el *affaire Hiss*, Chambers explicaba: "Cuando disparé mi primera honda contra el comunismo, golpeé

también a los revolucionarios socialistas que invocan el nombre del liberalismo...y que sofocaron el caso Hiss y muchas más cosas durante una década, y que bregaron por sofocarlo en 1948". Al actuar de tal modo, esos revolucionarios eran consecuentes con la tendencia a apartar a Dios de los negocios humanos, tendencia que culminaba en el comunismo pero que en las formas ateas del liberalismo tenía la misma naturaleza pese a su virulencia menor. Chambers no podía documentar mejor cuán largo había sido su itinerario desde el materialismo dialéctico hasta la interpretación religiosa de la política.


Otro de los más notables conservadores "vuelto del infierno" como Chambers es James Burnham, bastante conocido en la Argentina por las traducciones de sus obras aquí publicadas ("La Revolución de los Directores", "Los Maquiavelistas", entre otras). Burnham inició su carrera política como secuaz de León Trotzky, exilado en Méjico después de que Stalin lo derrotara en la disputa que ambos sostuvieron por la herencia de Lenin. Burnham penetró profundamente en el pensamiento del "profeta vencido" (como lo llamó después Isaac Deustcher), vencido también en la posibilidad de explicar cómo el Estado comunista podría ser distinto sin Stalin. La mente metódica, casi matemática, de Burnham se asfixiaba entre las ficciones del marxismo, y lo abandonó con alivio, buscando la realidad.

Comenzó entonces lo que llamó su reeducación, expresada de este modo: "Habiendo conocido algo de la ideología gigantesca del bolchevismo, sabía que no me adecuaría a las ideologías pigmeas del liberalismo, la socialdemocracia, el *laissez faire*, ni a ese remedo de bolchevismo llamado fascismo. A través de los maquiavelistas comencé a entender claramente lo que hacía tiempo intuía: sólo por la renuncia a toda ideología podemos conocer el mundo y el hombre"

Burnham no se apartó de su meticulosa objetividad ni de su estilo analítico, casi frío. Como quien desarrolla una ecuación algebraica, exponía con estas palabras su interpretación de los ataques contra el senador Joseph McCarthy, el investigador de la infiltración comunista en los centros de poder norteamericanos: "El tema es filosófico, metafísico: ¿qué clase de comunidad somos? Los liberales, incluidos los racionalistas no comunistas, eran coherentes al llamar a McCarthy 'El Enemigo', y en destruirlo. Desde la perspectiva liberal –secularista, igualitaria, relativista- el Relativismo debe ser Absoluto".

\* \* \*

Libreempresistas y ex comunistas habían partido de posiciones muy diversas para coincidir en su reclamo de valores absolutos, religiosos, para que los Estados Unidos no se desintegraran. Junto a ellos, una generación de tradicionalistas pugnaba también desde el fin de la Segunda Guerra Mundial por hallar en el pasado nacional una savia de mayor vitalidad que la que irrigaba los esclerosados tejidos del mundo oficial. La convergencia de todos ellos inauguró un movimiento cuyos continuadores tal vez estén llamados a encender una fe cívica que ahuyente de aquellas tierras al fantasma de John Locke, el escéptico y optimista.

 <p>Argentina <b>Virtual &amp; Actual</b> Centro de Estudios de la Realidad Nacional</p>	<p>Director: <b>Fernando de Estrada</b> Instituto de la Realidad Nacional</p>
<p>año 14   abril – mayo de 2015</p>	<p>Nº 62</p>

## Intelectuales e ideologías en tiempos agonales

Por  
Gerardo Palacios Hardy

### 1. Justificación del asunto.

La mentalidad moderna – Gómez Dávila dice que así se llama a *un proceso de exculpación de los pecados capitales*<sup>i</sup> - marcó muy fuerte a la Argentina. Caló hondo en lo religioso, en la cultura, la política, el derecho, la moral. Ha sido un proceso que tuvo su origen en Europa –por lo tanto es claramente occidental – y creo que debe ser interpretado como expresión o manifestación de un proceso de decadencia. Su puesta en marcha y ejecución confirmaron aquel principio de naturaleza filosófica, según el cual *todo desorden en el plano de la acción comienza por ser un desorden en el plano de la inteligencia*. El Cardenal Pie ha dicho que “las acciones del hombre son hijas de su pensamiento”, añadiendo que “todos los bienes igual que todos los males de una sociedad son el fruto de las máximas buenas o malas que ella profesa”; por lo que concluye: “... no hay ninguna herida, ninguna lesión en el orden intelectual que no tenga consecuencias funestas en el orden moral e incluso en el orden material, y por esto nos aferramos a combatir el mal en su principio, a terminar con él en su causa, es decir en las ideas”<sup>ii</sup>.

Pues bien, tiempo atrás, releendo a Ramiro de Maeztu – que funciona muy bien como antídoto cuando uno se siente envenenado-, me topé con la siguiente interpelación: “¿No tienen los intelectuales españoles parte de culpa en su falta de influencia?”<sup>iii</sup>

La inquietud que, adaptada a nuestro medio, provoca esta pregunta, crece con otra frase del mismo autor: “*Todo régimen político que quiera mantenerse ha de fundarse en el sistema de ideas que prevalece en un país*”<sup>iv</sup>. Lo que bien puede rematarse con esta fuerte declaración, también de Maeztu: “*lo normal es que, cuando los regímenes parecen estables, tiendan los intelectuales a recogerse en su torre de marfil y que cuando amenazan grandes trastornos, se salgan de ella, antes de que se les pueda caer encima. Lo normal es que no les guste la política, porque no está en su mundo y les es difícil distinguirse en ella. Pero cuando se produce una inseguridad tan profunda, que amenaza, aunque sea lejos, la vida del espíritu, los escritores se salen de su mundo de fantasmas, conceptos y palabras, para luchar por el orden social, que tienen que identificar con las condiciones de la vida del espíritu*”<sup>v</sup>.

¿Se encuentra la Argentina amenazada por grandes trastornos? ¿Vivimos en una inseguridad profunda? ¿Está en riesgo la vida del espíritu? Y si así fuera, ¿tienen los intelectuales algún deber específico que cumplir frente a la gravedad de esta hora?

José Manuel de Estrada, quien, en momentos que la ideología de la modernidad, con un talante profunda y agresivamente anticristiano, inficionaba las instituciones de la república y el mismo cuerpo social, expresó que había que “demostrar, sin salir del terreno de las cuestiones sociales, la necesidad de una reacción que enardezca la fe y genere movimientos reparadores para salvar a la República, probando que su vida política es estéril, que son muchos los problemas envueltos en su constitución social y que ellos jamás serán resueltos si la política no se inspira en el Evangelio”. Clamaba Estrada que era llegada “*la hora de vender la túnica y comprar la espada*”, al par que abominaba de una “paz del silencio cobarde y del servil abandono, paz de capitulaciones sacrílegas [...]”. Y cuando lo echaron del rectorado y las cátedras del Colegio Nacional de Buenos Aires, recibió a sus alumnos que marcharon en manifestación hasta su casa, brindándoles un encendido discurso, que culminó con estas magníficas palabras: “*De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad*”<sup>vi</sup>.

Cuando en tiempos agonales los hombres prefieren refugiarse en lo que alguien llamó la paz de las ciénagas y los sabios y doctores encastillarse en discusiones abstrusas, las cosas suelen acabar mal.

Caso emblemático fue el de Constantinopla, capital del imperio de Oriente, donde la intelectualidad estaba representada casi de modo exclusivo por los clérigos de la iglesia bizantina, que se había corrompido seriamente desde su separación de la romana. El odio contra todo lo latino, contra la Iglesia romana en particular, distinguía al imperio y a la vida intelectual de Constantinopla. Las querellas religiosas se multiplicaban, envolviendo la misma corte. Predominaba la doctrina de los *omphalopsychos* (de *Omphalopsychoi* = almas de ombligo) o *hesichastes* (de *hesixatso* = descanso), formulada desde antiguo por un abad del siglo XI: “Cuando estás a solas en tu celda, siéntate en un ángulo, levanta tu mente sobre todas las cosas percederas, deja que tu barba descansa sobre tu pecho, convierte los ojos y los pensamientos al centro de tu vientre, hacia el ombligo, y busca el sitio del corazón, asiento del alma. Al principio todo te parecerá oscuro y desolado; pero si perseveras día y noche sentirás un gozo indecible; pues apenas el alma ha descubierto el sitio del corazón, cuando se ve rodeada de una luz etérea y misteriosa”<sup>vii</sup>.

He aquí el origen de la expresión *contemplarse el ombligo*.

Como consecuencia de esto, Constantinopla cayó en las manos del sultán Mohamed II el 29 de mayo de 1453. Porque salvedad hecha de la heroica resistencia del *basileus* Constantino XII (quien murió defendiendo la puerta de San Romano, de manera que es falso que cuando los turcos ocuparon su palacio lo encontraron discutiendo a lo bizantino) y los pocos

hombres que lo siguieron<sup>viii</sup>, el pueblo, cegado por quienes debían conducirlo, al menos con su ejemplo, no se armó para la pelea, sino que “oraba y lloraba en las iglesias, clamaba pidiendo la salvación a la Panagía<sup>ix</sup>, sin pensar que Dios sólo ayuda a los que se esfuerzan lealmente y al propio tiempo, con humildad de corazón, miran a Él. Con razón dice un historiador: ‘Confesaban a voces sus pecados, pero ninguno se confesaba de su cobardía; delito para el cual no hay indulgencia en un pueblo que carece de patriotismo’. Se consolaban con predicciones de sus monjes. Los enemigos penetrarían hasta el centro de la ciudad, pero allí un ángel daría a un hombre del pueblo una espada y éste arrojaría a los turcos, no sólo de la ciudad, sino de Europa y Asia, hasta los límites de Persia. [...] No sin razón dice un historiador francés: ‘La Iglesia griega había dado muerte a la patria’<sup>x</sup>.

## **2. Los males de la Argentina.**

Los males de nuestra patria no se explican ya –cuanto menos no exclusivamente– por la impericia, la ignorancia y la inmoralidad de su dirigencia política y social. De lo que se trata aquí es de algo mucho más grave que la mera ineptitud. Se trata de los fundamentos últimos de nuestra conciencia, se trata de nuestras murallas, a punto de ser demolidas por el nihilismo dominante, hijo de eso que llamo la mentalidad moderna.

Como hacer la lista completa de esos males sería agotador, veamos algunas de sus manifestaciones más evidentes y devastadoras.

### **2.1. *El cáncer de las ideologías.***

Sabemos que el hombre es social por naturaleza y que la vida en sociedad requiere de un orden para no disolverse. Por ende, es evidente que el orden social (o político) debe estar fundado en los principios y la verdad que informan esa misma naturaleza.

También sabemos que ese hombre, dotado de libre albedrío, tiene la posibilidad -aunque no el derecho, como erróneamente predicen los que gustan llamarse progresistas- de obrar incluso contra su misma naturaleza. Sto. Tomás no dice que la razón humana se encuentra determinada a hacer el bien, sino tan sólo inclinada. Por esa misma razón, el mejor orden social (político), será el que traduzca en leyes positivas el derecho natural.

Para que ello sea posible en la práctica, los responsables del gobierno y conservación del orden social deben reunir por lo menos dos condiciones: la primera, un conocimiento profundo de las esencias y, en particular, del hombre; la segunda, tener doctrina, antes que programa. Pero además el orden político debe brotar de la realidad social, lo cual sencillamente quiere decir que un país debe ser gobernado de la manera que conviene a las características de los hombres que lo forman, y no como algunos iluminados piensan que ha de gobernarse.

Ciertamente, aquello que conviene a los hombres es lo que resulta conforme a su naturaleza. Lo otro, lo que algunos individuos puedan llegar a pensar, es lo que llamamos *ideología*. Porque los ideólogos, en efecto, no

se interesan por las soluciones que mejor se adecuen al ser y el bien del hombre, sino por las que mejor encajan con las propias ideas que ellos se hayan formado acerca del hombre y su conveniencia. El punto de partida del ideólogo no es la realidad (o naturaleza) del hombre ni la realidad social, sino la idea que él, en una construcción puramente racional, se ha forjado acerca de lo que el hombre debe ser. El ideólogo, pues, convencido de lo maravilloso del esquema elaborado en el laboratorio calefaccionado de su mente, lo transformará en constituciones y leyes, aptas para los hombres y sociedades de cualquier época y condición. Y si los hombres y sociedades, en natural reacción, opusieran resistencia a esos desvaríos, el ideólogo no rectificará, sino que, aún más convencido, verá en esa resistencia un síntoma de imbecilidad o, cuanto menos, de incapacidad para entender la propia conveniencia, por lo que extremará el rigor, hasta conseguir someter la sociedad a los sueños de su razón, que, como en el aguafuerte de Goya, engendra solamente monstruos<sup>xi</sup>.

El orden social se corrompe, pues, cuando la sociedad deja de regirse por los principios que provee la naturaleza de los seres, y adopta otros fundados nada más que en las ocurrencias y caprichos de un pensamiento sin quicio alguno. Mario Sacchi, en un trabajo fundamental para comprender este asunto, acierta cuando enseña que la ideologización del pensamiento conducirá al desconocimiento de las particularidades sociales, con lo que el orden social dejará de reflejar la peculiar realidad de cada pueblo, para convertirse en el engendro de una mentalidad abstracta y uniforme<sup>xii</sup>. No habrá pues doctrina al servicio del orden social, sino – insisto – ideología, que, como enseña Widow, en concordancia con Sacchi, "...no es lo mismo que doctrina, o que un orden de principios de la conducta política, o que un determinado sistema de conocimientos que son objeto de un saber o una ciencia. Aunque toda ideología, estrictamente tal, reclama para sí todos los atributos de la sabiduría y de la certeza científica, y se proclama fuente única de doctrina verdadera, no pretende ser mera ciencia o doctrina. Es un sistema cerrado de ideas que se constituye, para el hombre que se identifica con él, en fuente de toda verdad, de toda rectitud práctica o moral. No es algo, por consiguiente, que pretenda tener vigencia en un plano puramente intelectual, objeto de la inteligencia especulativa, y que de este modo se resuelva en una enunciación más o menos compleja. Por el contrario, funde en una sola las funciones teórica y práctica de la inteligencia, para volcarla entera a una tarea que adora, taumatúrgica, que ha de realizarse sobre el hombre, para transformarlo radicalmente, y sobre la sociedad, a la cual se la ve como la única y definitiva dimensión real del hombre nuevo, debiendo por esto ser absolutamente cambiada para que sea expresión fiel y al mismo tiempo crisol del cambio del individuo"<sup>xiii</sup>.

Esto explica por qué tantos intelectuales –o que presumen de serlo– nadan como peces en el agua de los regímenes totalitarios más brutales, como Voltaire en la corte de Federico de Prusia y García Márquez o Saramago en el feudo de Fidel Castro, al igual que una galería de periodistas y premios Nobel, devotamente listos para justificar o simplemente no ver los crímenes de aquellos, y denunciar sin matices la reacción defensiva de sus víctimas. Es que esos regímenes, precisamente por ahogar en sangre toda posibilidad de resistencia o alojar en manicomios a los disidentes, les dan la oportunidad de llevar a la práctica sus delirios.

Ellos constituyen el "núcleo de pensamiento dominante", como certeramente los bautizara Molnar<sup>xiv</sup>, que ha logrado intimidar y someter a la mediocre clase de los políticos, incluidos nuestros pequeños (y *pequeñas*) cromagnones criollos<sup>xv</sup>.

Mario Sacchi confirma que las ideologías son un fenómeno nuevo, una invención moderna. El triunfo de los ideólogos como hacedores del orden social, al cabo de un largo proceso iniciado en el siglo XVI, se produjo con el racionalismo, que dio vida al movimiento conocido como la Ilustración, artífice de este período histórico al que llamamos la "modernidad", del cual todavía no hemos salido. Como acertadamente lo pinta Danilo Castellano, el racionalismo "es la ilusión del hombre de poder 'construir' o 'crear' una realidad 'nueva', dejando de lado la verdadera. En efecto, el racionalismo no es otra cosa que el intento de plasmar la realidad según modelos convencionales, elaborados arbitrariamente y sin tener en cuenta la realidad, en general 'alternativos' respecto al orden de las cosas tal y como nos han sido 'dadas'. El racionalismo es, en última instancia, un desafío a Dios: al mundo 'imperfecto' que Dios ha creado, el hombre opone un mundo 'perfecto' construido por él mismo; se sustituye el orden 'natural' por un orden 'racional'; se prefiere la racionalidad como capacidad manipuladora y calculadora a la racionalidad como capacidad de aferrar el *Logos*"<sup>xvi</sup>.

Lydia Dan, hablando de los mencheviques, partido al que pertenecía, decía que "como personas procedíamos mucho más de los libros que de la vida real"<sup>xvii</sup>.

La ideologización del pensamiento y de la política es una de las causas mayores de los males que asuelan a la Argentina. Bien ha sido dicho que las ideologías "ya no operan como las transcripciones simplificadas y emotivas de una construcción doctrinaria. Ahora funcionan como compendios de dogmas cargados de irracionalidad pasional. Se han convertido en condicionamientos culturales que determinan una forma de considerar, ver y sentir al mundo. Ya no determinan una cierta forma de pensar y de actuar en consecuencia. Ahora determinan una cierta forma de percibir y de ejecutar. Esto último, a veces hasta literalmente. Pero siempre sin pensar demasiado. Es que ya no se trata de argumentos. Se trata de motivaciones y de impulsos. La emotividad irracional ha invadido y ocupado el escenario político"<sup>xviii</sup>.

Estos ideólogos lo justifican todo en nombre del pueblo; pero éste, para ellos, es un concepto, una abstracción. En la práctica, aman al hombre, pero no al individual, al concreto. Véanse nuestras calles, convertidas en dormideros, transitadas por hombres, mujeres y niños hurgando en la basura, mientras aquellos, convertidos en empleados o becarios del régimen, escandalizan con sus fortunas personales, hechas en la función pública. Recuerdan a aquél candidato norteamericano del que su rival decía que *amaba tanto a los pobres que lo que quería era que hubiera más*.

Luego harán la revolución, incluso contra el pueblo, unidos por un espíritu de violencia y odio que los caracteriza. Su código es el de los revolucionarios de todas las épocas: cualquiera que no esté con ellos es su

enemigo, y cualquier método puede ser utilizado para exterminar a sus enemigos. Así decía el Manifiesto de la Joven Rusia, escrito hacia 1862 por Zaichnevsky<sup>xix</sup>.

Las ideologías producen el efecto de neutralizar o paralizar la acción de defensa que se les opone, hasta volverla estéril. Pero esto no sucede porque sean invencibles, sino porque los responsables de esa defensa han dejado de creer en la superioridad (legitimidad) de los valores que dicen representar y defender. Y esto puede que esté pasando a los intelectuales de verdad, cuando no se trata de que éstos, acobardados o perdidos en sus abstracciones, no salen a dar la batalla.

## **2.2. La ruina de la justicia y la quiebra del orden jurídico.**

Los resultados de la acción de las ideologías en nuestro país se pueden apreciar en toda su malevolencia contemplando los estragos causados en la justicia y el orden jurídico.

El Dr. Vanossi, refiriéndose a esta situación en una sesión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, la sintetizó en *“una pavorosa conclusión: asistimos a la paulatina e incesante demolición jurisprudencial y política de los principios constitucionales aplicables al régimen penal adoptado a partir de la consagración del pensamiento liberal. ¿Qué vendrá después de consumarse esta operación?”*<sup>xx</sup>. Y en términos similares se pronunció la Academia Nacional de Derecho de la Nación.

Para hacer esto posible, en la Argentina se ha sustituido el orden jurídico por la ideología de los derechos humanos.

Hay dos objetivos detrás de la ideología de los derechos humanos: el primero, la esterilización o debilitamiento, hasta hacerlo de cumplimiento imposible, del derecho que tiene el Estado de enfrentar la amenaza terrorista o de la izquierda revolucionaria con métodos proporcionados a la gravedad del ataque; el segundo, la dominación de las naciones más débiles por las más poderosas. Por eso las normas jurídicas se adaptan al objetivo que se quiera lograr.

Por ello también es que hay sujetos que no merecen protección en el nuevo paradigma de los derechos humanos. Éstos, si tienen algún significado, es que fueron concebidos como un medio de protección de los hombres frente al poder del Estado. Pero en nuestro país es exactamente al contrario: el Estado se vale de los derechos humanos para perseguir a una categoría de hombres, que son condenados en juicios inicuos, basados en hechos falsificados y sin posibilidad de defensa.

*Pero además una cosa es el juicio moral sobre una conducta y otra muy diversa la imposición de una pena al autor de esa conducta.*

La ideología moderna de los derechos humanos es una consecuencia del abandono de la ley natural –externa al sujeto, luego insoportable para el ideólogo– y la proclamación de la autonomía soberana del sujeto<sup>xxi</sup>. Puede decirse que es una consecuencia directa del individualismo<sup>xxii</sup>, esto es, de la

absolutización del ser humano y la subjetivación del derecho<sup>xxiii</sup>. Es, como dice Dalmacio Negro, "una utopía antijurídica moralizante –o un mito político en el sentido de Sorel-,.... Los derechos humanos no pueden rebasar a lo sumo ese estatus de religión civil, pues en ellos no puede asentarse ninguna fe"<sup>xxiv</sup>. Martos, por su parte, agrega: "La exageración del derecho y de las garantías jurídicas individuales, con el permisivismo resultante, no es una filosofía humanista. Solamente los ingenuos y los ignorantes han caído en la trampa de creer eso. En la actualidad, es una herramienta revolucionaria que permite debilitar las instituciones, quebrantar la paz social y agudizar 'las contradicciones internas' del capitalismo"<sup>xxv</sup>.

En síntesis, la ideología de los derechos humanos está destruyendo a la persona humana. *Es que el crecimiento y énfasis puesto en las políticas de derechos humanos, es directamente proporcional al decaimiento de la seguridad y la justicia y al olvido del bien común.*

Es preciso advertir que aquí se trata de algo mucho más grave que la culpabilidad o inocencia de centenares de hombres que se encuentran en prisión, muchos de los cuales han fallecido en condiciones que claman al cielo. Lo que se ha puesto en riesgo es incluso más que el derecho; es su mismo ideal, su fin propio, esto es, la justicia. Al ponerse de un lado al gobierno y al Estado, y del otro al derecho y la justicia, la nación misma ha sido puesta en peligro.

La paz social se funda en la justicia. La paz social resulta siempre de un determinado orden en la sociedad, pero de un orden resultante de la justicia. Si ese orden no está sustentado en la justicia, no habrá paz, aun cuando la fuerza del Estado logre mantener el orden público o la seguridad, que en nuestro país por cierto ni siquiera eso hace.

Una situación de injusticia hará que los hombres no vivan en tranquilidad, sino en constante desasosiego. Sus actividades y las relaciones entre ellos no serán normales, sino que existirá una tensión creciente. Sin justicia no hay orden posible. Como bien escribe Félix Lamas: "La justicia, [...] se constituye en el principio formal del orden social en su totalidad, tanto en sus dimensiones económicas como políticas. El orden social verdadero o recto, pues, es un *orden de justicia*, constituido materialmente por una innumerable cantidad de relaciones diversas, fundadas en títulos distintos, pero integradas armoniosamente entre sí"<sup>xxvi</sup>.

Ahora bien, se suele decir que para restablecer la justicia habría que recuperar la vigencia del 'estado de derecho'. Sin embargo, pienso que debemos tener cuidado cuando hacemos esta invocación, porque está muy difundida la convicción de que el 'estado de derecho' es una creación del Estado.

Danilo Castellano dice con mucha razón, siguiendo a Eric Voegelin, que la modernidad reivindica la necesidad del orden, pero al orden concebido como producto del poder y no como la regla para su ejercicio. Así, cuando la modernidad reivindica el 'estado de derecho', lo hace con la pretensión de someter al Estado al "respeto procedimental de las normas

creadas por él mismo”<sup>xxvii</sup>. Y que el Estado puede cambiar cuántas veces quiera hacerlo.

De modo que nosotros no debemos reclamar la recuperación de un orden cualquiera, producto de una constitución u otra voluntad del poder, sino del orden que está en la naturaleza de las cosas y que, por ello, es anterior al poder y la regla para su ejercicio.

El empeño por servirse de la ley positiva para fundar la oposición a pretensiones injustas o simplemente perversas (tales como el aborto, la eutanasia, las convivencias entre homosexuales, la perspectiva de género y también la eliminación de signos y símbolos religiosos), tiene un efecto tal vez no querido, incluso no advertido: el de conferir a la ley positiva la virtud de legitimar las acciones humanas, poder que de suyo no tiene. Aunque el aborto, por ejemplo, no estuviere expresa o tácitamente prohibido por el orden jurídico positivo, continuaría siendo de todos modos una acción objetivamente perversa. La ley positiva no legitima ni deslegitima: es simplemente eso –norma, regla, orden–, sancionada por hombres (no importa cuan importantes sean ni cuánto respaldo popular tuviesen) y, por eso mismo, sometida al juicio moral.

La consecuencia entonces de la invocación a la ley positiva como pretendido obstáculo contra las aberraciones, es, a la corta o a la larga, el éxito de lo que se combate, porque bastará con derogar las leyes que se les oponen para que tales objetores queden sin argumentos. Esas aberraciones tendrán entonces reconocimiento en nuevas leyes positivas, que disfrutarán de la legitimidad (inexistente) tácitamente reconocida por los antiguos contradictores a leyes de aquella especie.

Es por eso que la aplicación del *ius cogens* para decidir cuestiones judiciales de carácter penal, no pueden ser desestimadas con fundamento en lo que dispone el derecho positivo interno, ya que bastaría con cambiarlo para que la objeción se esfumara. Es necesario llevar el análisis más allá de lo jurídico, porque la operación no es jurídica, es política, o más bien ideológica, que se vale de lo jurídico como un disfraz para su introducción clandestina o subrepticia.

En suma, frente al tremendo ataque que el mundo moderno, en una nueva fase de su virulento accionar, ha emprendido contra pilares y murallas fundamentales (por naturales y necesarias) de la sociedad política sana y civilizada, es empresa inútil y sentenciada a la derrota resistir desde el llamado ‘estado de derecho’, ya que éste es equivalente a Estado constitucional, libre de toda atadura, salvo las que él mismo voluntariamente quiera imponerse<sup>xxviii</sup>.

Gómez Dávila lo ha sintetizado de manera elocuente: “La ley es el método más fácil de ejercer la tiranía”<sup>xxix</sup>.

### **2.3. La corrupción.**

Dice un autor francés que “el hombre que admiramos es el que respeta las leyes del honor, el que pone todo su empeño en vivir como

esclavo del deber”<sup>xxx</sup>. Pero, ¿es así en nuestros días? ¿qué decir de la figura del ‘transgresor’, presentado como un sujeto simpático, al que se debe admirar porque hace siempre lo que siente?

El desarrollo que ha alcanzado la corrupción entre nosotros lleva a pensar que el dirigente moderno ha perdido el sentido de la honra u honor, aquello que los griegos llamaban la *time*. Ser deshonrado constituía una ofensa imperdonable, como lo demuestra la furia de Aquiles cuando Agamenón le quitó a la esclava Briseida, que le había obsequiado el ejército.

Es que corrupción en el Estado, en el poder, corrupción de este o aquel político o funcionario –incluso de todo un gobierno– ha habido siempre y en todas partes. Que lo diga Talleyrand, ese cura apóstata. Pero lo nuevo es esta corrupción enquistada, anidada en los entresijos mismos del poder, como si fuera parte de sus elementos constitutivos, un requisito de su configuración. Y esto no tiene explicación sino a partir del sistema político que nos hemos inventado para cubrir los cargos del Estado y hacer que el poder funcione.

El poder (o el Estado) no es necesariamente corrupto ni corrompe necesariamente. Lo que puede ser corrupto, y de hecho lo es entre nosotros, es el sistema que lo vuelve operativo. Razón por la cual el tema de la corrupción requiere ser estudiado con autonomía. Los autores, incluso los modernos, al abordar los grandes temas del Estado se han concentrado principalmente en los límites del poder. En la Argentina se ha vuelto necesario, insisto, investigar por qué el ejercicio del poder es genéricamente corrupto.

#### **2.4. La mentira.**

*Pero a mí de ningún modo me place algo,  
si no es al mismo tiempo verdadero.*<sup>xxx</sup>

¿Cuál es el límite que separa el campo de lo opinable de lo que no lo es o, en otras palabras, el límite del pluralismo político en lo que tenga de ideológico o cultural?

La respuesta es que ese límite es la verdad. Juan Pablo II lo ha confirmado expresando: “La libertad [...], nunca puede construirse sin relación a la verdad, tal como fue revelada por Cristo y propuesta por su Iglesia, ni puede servir de pretexto para una anarquía moral, porque todo orden moral debe permanecer unido a la verdad”<sup>xxxii</sup>.

La verdad, entonces; la verdad siempre, como centinela insomne para impedir los sueños y desvaríos de la razón. Pero un conocimiento de la verdad que no debe quedar encerrada en el ámbito de la razón, sino que “debe conllevar [...] una peculiar madurez espiritual que se presenta como la responsabilidad por la verdad: por la verdad en el pensamiento y en la acción”<sup>xxxiii</sup>.

Porque en efecto, es llevando la verdad a la acción, a la práctica, que la verdad nos hace libres<sup>xxxiv</sup>.

Pero el subjetivismo protestante y el racionalismo kantiano, al haber identificado la realidad con la idea que de ella nos fijamos en la mente, puso en crisis a la verdad como vigía seguro del pensamiento.

En efecto, si bien el subjetivismo protestante y el racionalismo kantiano no descreen de la realidad –como lo hará una de sus secuelas, el idealismo-, lo cierto es que sostienen que el conocimiento de la realidad no es o no puede ser objetivo, sino que cada uno se forma una idea personal –subjetiva- de la realidad, y que no es posible ir más allá de cada elucubración personal. De tal modo, no puede sorprender que la verdad termine por ser múltiple, es decir, tantas verdades como personas o subjetividades diferentes.

Esta es la fuente de ese dicho tan común: todas las opiniones son buenas. Lo cual, más allá de su intrínseco absurdo, lleva al predominio de la opinión más útil o más práctica, que no de la más justa. Por ese camino también se explica que todos los órdenes de la vida humana terminen condicionados por la economía o, más directamente, por la quintaesencia de lo útil o práctico, como es el dinero.

Es por este carril del subjetivismo que el pluralismo degenera en relativismo, es decir, en la completa negación de la verdad por lo menos en el terreno del conocimiento práctico, donde la verdad sería la conformidad de la razón con el apetito recto, o en el terreno de la conducta humana, donde la verdad se identifica con el bien.

De este modo, se instala en la sociedad que llaman pluralista la idea de que nadie puede imponer sus valores a los demás y de que todos los temas, cualquiera fuere su naturaleza, pueden ser debatidos. Nadie tiene el monopolio de la verdad, se dice, y a partir de allí, incluso las mayores aberraciones pueden ser propuestas a un público desprevenido, en nombre del pluralismo.

Lo primero que hay que observar a este respecto es la hipocresía manifiesta de esta clase de pluralistas, ya que sobran los ejemplos del doble discurso que los caracteriza. Ellos, en efecto, exigen espacio para difundir sus ideas en nombre del pluralismo y el progresismo, pero los hemos visto negarlo cada vez que pueden a los que se atreven a refutar sus afirmaciones, especialmente si éstos lo hacen en nombre de la verdad. Con gracia dice un periodista español que “es progre el tratamiento psicológico para el culpable. Nunca para el que ha sufrido la agresión. [...] Es más progre insultar a un maestro que obedecerlo, saltarse las normas que cumplirlas, no asistir a clase que ser puntuales, vestir como a cada uno le venga en gana que guardar un mínimo de decoro. Es más progre aprobar al que no sabe que premiar al que estudia, igualar por abajo que seleccionar por arriba. Es muy progre que los tontos vayan a la universidad mientras los inteligentes piden perdón por serlo”<sup>xxxv</sup>.

La verdad comienza a ser destruida cuando se habla y opina de todo por cualquiera. Entonces impera y agobia la mentira, voceada descaradamente desde los niveles más altos del gobierno y derramándose sobre todas las capas sociales que no reaccionan o, peor, la terminan asimilando.

Aunque nada en el pasado iguala siquiera la institucionalización de la mentira que tenemos hoy, es posible que se trate de un vicio antiguo de los argentinos. Castellani escribía en 1943 que “La enfermedad parece radicar en una sequía de Verdad: de verdad ontológica, de verdad lógica y de verdad moral. La señal más visible es que la colectividad ha acabado por consentir en alimentarse de mentiras, de las cuales actualmente se propina grandes panzadas. Difícil es que haya un país del mundo que nos aventaje en el consumo de ‘grupos’, mulas, bolazos, chimentos, boletos, camelos, timos y macanas, tanto nacionales como importados”<sup>xxxvi</sup>.

La maldad de la mentira ha sido bien mostrada por MacIntyre: “....si una mentira tiene éxito” –escribe– “muy bien puede ser que el mentiroso haya alterado las relaciones de poder en su propio favor, o quizás a favor de algún otro. No obstante, al hacerlo, tenga éxito o no, el mentiroso habrá alterado también su relación con los demás en general, al haber violado deliberadamente la norma presupuesta en todas las relaciones humanas en que intervienen actos de habla afirmativos. Habrá confiado en el aprecio humano general por la verdad, aunque él haya dejado de apreciarla. [...] Decir una mentira es malo como tal, precisamente porque es un desprecio a la verdad, y es una ofensa principalmente no contra esos otros particulares a los que se ha dicho esa mentira, sino contra la racionalidad humana, la racionalidad de todos, incluyendo la racionalidad del propio mentiroso. Mintiendo no sólo no ha sido capaz de reconocer que la verdad es un bien indispensable en las relaciones racionales con los demás, sino también de reconocer que una incapacidad de respetar la verdad es una incapacidad de respetarse uno mismo como ser racional”<sup>xxxvii</sup>.

Si bien hay mentiras que son consecuencia de la ignorancia, la enorme mayoría son deliberadas, puesto que se dicen ya para ocultar errores imperdonables, ya para obtener réditos inconfesables. Por ejemplo, se miente sobre la situación real de la economía o de la educación o se engaña evitando tomar medidas que impliquen sacrificios momentáneos, porque con ello se arriesga perder una elección. O bien se ocultan acciones que permiten recibir una coima.

Hemos llegado a una situación en la que se miente a la población sin consecuencia alguna. Un engaño después de otro, la mentira como actitud normal e inseparable de la acción de gobernar, parece haber acostumbrado a la gente, haciendo que lo intolerable sea decir la verdad. Decir la verdad no permite ganar elecciones, por lo que los argentinos podríamos hacer nuestra la afirmación de Gilson: “los hombres somos muy aficionados a buscar la verdad, pero muy reacios a aceptarla”<sup>xxxviii</sup>.

## 2.5. *Siembra de discordia.*

De ese modo, se contribuye a la guerra civil, trasladando la dialéctica amigo-enemigo del campo de las relaciones exteriores al plano interno. Pero también pienso que es la razón de que se hayan ausentado de nuestras ciudades el orden, la belleza, la limpieza. No vivimos más en el cosmos, sino en el caos. Buenos Aires, por ejemplo, parece invadida por una etnia extraña y feroz, complacida en destruir y emporcar los espacios públicos (y también privados), tanto físicos como culturales. Tanta saña tiene que relacionarse necesariamente con lo que las ideologías dominantes han hecho del hombre: un mero individuo, alguien de quien servirme, con quien no me une vínculo alguno de solidaridad y amor. En esas condiciones, la convivencia llega a convertirse en una carga insoportable, hasta volverse odiosa.

Sartre, uno de los principales artífices de esta terrible condición humana, la hizo explícita en su drama *A puerta cerrada (Huis Clos)*. Su personaje, Garcin, condenado en el infierno a convivir con Inés y Estela, descubre que no hay tortura mayor que verse forzado a alternar con los demás, a relacionarse. *“El infierno son los otros”*, es la frase sartriana que cierra y sintetiza la pieza.

Cuando el individualismo llega a tales extremos los vínculos sociales se rompen. Es un hecho que la inmensa mayoría de los argentinos sabe (o por lo menos sospecha) que la historia oficial se funda en premisas falsas. Algunos lo saben porque vivieron aquellos años, que no es sencillo olvidar; otros, más jóvenes, porque las mentiras son demasiado burdas como para ocultar toda la verdad. Pero lo cierto es que no se advierte reacción. Los cuerpos sociales, las dirigencias, las mismas fuerzas armadas (o lo que queda de ellas), dejan hacer, consintiendo que en sus narices se esté consumando un fraude escandaloso.

Uno procede así cuando cree que lo que ocurre no es de su incumbencia, que no tiene por qué afectarle, que es algo que sucede a los demás. Se imagina que todo acabará en unos pocos militares, policías y civiles presos. De modo que instalar en la patria la mentira, la discordia, la injusticia, el odio, en tanto eso no me toque directa, personalmente, me tiene sin cuidado.

A quien así sueñe quiero recordarle un texto de Milan Kundera, que vivió en su patria algo parecido: *“Para liquidar a las naciones, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido”*<sup>xxxix</sup>.

Los gérmenes de la discordia están instalados cuando el bien común desaparece, sustituido por la acumulación de bienes particulares pujando entre sí. Todos pasamos a querer lo mismo: que nuestra razón individual se convierta en regla para los demás. Aunque éstos no la compartan. Los únicos vínculos que tolero son los de sumisión. La del otro, claro. Es que la vida, las relaciones con los demás, son invariablemente de conflicto.

La patria no es segura cuando hay discordia. Por eso los pueblos que han sabido perdurar, fueron capaces todas las veces que les fue preciso de desterrar la ira, cerrar el pasado que los dividía y poner su voluntad al servicio de objetivos comunes, pero al mismo tiempo bien concretos. En eso consiste la concordia, mínimo ingrediente sin la cual la paz no es posible y los pueblos se disuelven.

Y el método para lograr ese noble ideal de la reconciliación entre hermanos se ha llamado en todo el mundo *amnistía*.

### **3. Estado de agonía, tiempo de combate.**

Lo dicho no agota la lista de los males y frustraciones que padece la patria. Habría que continuar, hablando del desprecio por la vida, la destrucción de la familia, la anomia, la visión economicista de los problemas, la corrupción de la educación, la pobreza y la miseria, la indefensión, la desprotección. En fin, habría que seguir hablando de la ruina de un pueblo a causa de una política.

Pero no se trata hoy de agotar los enunciados, sino de llamar la atención sobre lo que nos está sucediendo, aunque no para caer en la contemplación del ombligo, como los clérigos de Constantinopla, sino para ponernos a la altura de lo que estos tiempos reclaman.

En el título y también en el curso del presente trabajo he calificado a estos tiempos terribles como *agonales*, palabra que fácilmente se emparenta con *agonía*. Alguno podría pensar, entonces, que mi conclusión es que el final, un final tremendo, un final de muerte y aniquilamiento, está a las puertas.

Sin embargo, no es así.

El término *agonal* viene de la palabra latina *agonalis*, con la que los antiguos aludían a los certámenes, luchas y juegos públicos, así corporales como de ingenio. Era también lo relativo al combate, sentido gramatical asimismo del término griego *agonía*, que si bien es el estado que precede a la muerte, significa o implica 'lucha', 'contienda', como la palabra *agónico* significa 'que lucha' y *agonista* –tanto en su origen griego cuanto latino– significa 'luchador' y en la épica, el teatro u otros géneros literarios es cada uno de los personajes que se opone a otro dentro del conflicto que los enfrenta. Y la *agonística* es el arte de los atletas o la ciencia de los combates, lo que nos invita a reflexionar sobre las palabras 'antagonismo' o 'seres antagónicos'.

El significado preciso de estas palabras nos permite comprender mejor la hora de Getsemaní. "En esta hora" – dice Guardini – "Jesús aceptó la voluntad del Padre y renunció a la suya propia. [...] La aceptación de todo esto quedaba expresada, sin duda, en sus palabras: 'No sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú'. He aquí lo esencial de la lucha en esta hora de agonía. Lo que siguió luego fue la realización de esta hora, la ejecución de lo que el espíritu y el corazón habían anticipado"<sup>x1</sup>.

Entonces, por si no queda claro, hoy he querido hablar de tiempos de lucha, de *buen combate*, no de muerte. Y este es el desafío al que deben hacer frente los intelectuales. Esta es la hora de los intelectuales.

#### 4. El deber de los intelectuales.

Por de pronto me parece que corresponde aclarar a quienes me refiero cuando aludo a los intelectuales.

Naturalmente y por lo dicho quedan excluidos los ideólogos, cualquiera fuere el color de esa ideología. Pero mi acepción es aún más restringida. Los intelectuales que aquí y ahora tengo en la mente son aquellos hombres y mujeres que trabajan con su inteligencia, haciéndolo a partir de una común adhesión a los principios y valores que antaño llamábamos *occidentales y cristianos*, sabiendo a la perfección lo que con esos términos queríamos significar. Tal vez por eso han pasado a ser ellos los rebeldes, los contestatarios, porque van contracorriente. Pero recuérdese lo de Chesterton: *del que nada contra la corriente se sabe que está vivo*.

¿Qué tarea deben acometer los intelectuales?

Creo que la respuesta a esta pregunta es sencilla. La Argentina va en camino acelerado de no ser más cristiana. La Argentina se muestra como una nación enferma, hundida cada vez más en un pantano de aberraciones espirituales, culturales, morales; y también económicas. El nihilismo nos aguarda al final de este camino, esto es, una sociedad sin tradición, sin valores, sin fe, sin verdad y, por lo tanto, sin libertad. En síntesis, una nación sin alma.

Estamos oyendo decir, cada vez con más frecuencia, que *vienen por todo*. ¿Qué otro significado puede tener esa expresión que no sea que vienen por nuestra alma? ¿Qué otra cosa puede ser *todo*, sino el *alma*?

Ortega decía en su época que España había perdido el alma. ¿Tienen alma las naciones? ¿Tiene alma la Argentina? ¿La tuvo alguna vez? ¿En qué sentido hablamos de alma cuando la referimos a una nación?

Se me ocurren muchas cosas para contestar a estos interrogantes. Espiritu colectivo; querer y sentir comunes; carácter general; la razón y clave de nuestra existencia; o en palabras de Pío XII: *el lazo espiritual, tejido por los principios y valores, que sustentan la vida de una nación*<sup>xii</sup>.

Pues bien, aquí está para mí la primera tarea de los intelectuales. Necesitamos una voz viva que dé otra vez sentido a las verdades de siempre, para que vuelvan a inflamar el corazón y el espíritu. Hay que despertar el alma dormida en las palabras. El pensamiento debe traducirse en acciones. Ésa será la mejor repulsa al *activismo*, que consiste en actuar por actuar y concluye también en el nihilismo.

Se dirá que no parece haber reacción contra la obscenidad del mundo. Lo que ocurre es que si bien hay quejas, no se reconocen las causas del estado de cosas. En otras palabras, se deploran las consecuencias, pero no se advierte o no se quiere aceptar que están causadas por una concepción absurda y perversa del mundo y del sentido de la vida.

Las causas de la crisis no son económicas, son culturales y, en el fondo, religiosas. Por eso la crisis tiene esta gravedad y sólo un cambio de mentalidad, un cambio en los hábitos, que se traduzca en la decisión colectiva y sostenida de abandonar los comportamientos que nos llevaron a este desastre, hará de la Argentina una nación grande.

Algunos años atrás, un hombre lúcido como Arturo Uslar Pietri prevenía contra este mundo de hoy, "en el que parece predominar –decía– el repudio a todo lo que significa refinamiento, elevación mental, esfuerzo hacia la dignidad de la conducta y pretensiones hacia una mejor apariencia física y moral". Frente a semejante situación, concluía que *"los hombres de pensamiento del mundo entero no tienen tarea más urgente que la de estudiar a fondo como ha llegado la humanidad a tan peligroso estado que nos acerca al nihilismo, y lo que es más importante, qué podremos hacer inteligentemente para empezar a salir de él"*<sup>xlii</sup>.

¿Quiénes sino los intelectuales pueden iluminar las inteligencias? "Hay que romper el silencio", titula la profesora Claudia Romero una columna de su autoría en el diario *La Nación*, para citar luego a la politicóloga alemana Noelle-Neuman, quien "explica en su teoría de *La espiral de silencio* que las personas prefieren acallar sus opiniones cuando creen que éstas contradicen un cierto estado de consenso y son contrarias a lo que aparece como opinión dominante. Lo hacen por miedo al aislamiento, al rechazo y a la soledad. [...] Sin embargo, la teoría advierte que la gente con mayor nivel educativo logra afirmarse en sus opiniones, vencer los temores y manifestar sus convicciones sin temor al aislamiento"xliii

Los intelectuales deben proponerse algo similar a lo que se propuso en su tiempo Maurras. Dice Massis que aquél demostró a los jóvenes propensos a las veleidades "que lo que es rico en aventuras, en antagonismos, no es la anarquía, sino la autoridad. 'Lo extraordinario, les decía, no es lo irregular, lo indefinido, lo absurdo (la existencia nos colma a diario de ello), sino que el hombre pueda llegar a la ley, a la perfección del arte'. Y les repetía sin cesar: 'Lo que me asombra, lo que es extraordinario no es el desorden, sino el orden'"<sup>xliiv</sup>.

Los fundamentos del orden social deben ser objeto de la reflexión crítica. El Estado moderno se ha desentendido de ello, y pretende que sus decisiones sean siempre legítimas en tanto se hayan seguido determinados procedimientos. Sin embargo, las decisiones que provengan de esos procedimientos, para que se consideren legítimas, deben ser examinadas por su correspondencia con la verdad y la justicia.

Esa también es tarea de los intelectuales. Y nosotros contamos con ellos, muchos y valiosos, infatigables y brillantes investigadores y propaladores de la verdad, que refutan con solidez los errores de la

modernidad, a la que incluso llegan a poner en ridículo. Pero nos faltan los hombres de acción, es decir los que sean capaces de transformar el mundo a partir de la verdad enseñada, los que tengan inteligencia para obrar.

Para terminar vuelvo entonces al comienzo.

Frente a la crisis no sirve el optimismo ingenuo, que se empeña en creer que las cosas van a mejorar sólo porque uno desea que mejoren y porque Dios es bueno. Hay que poner manos a la obra, es decir, animarse a denunciar el mal profundo y a poner en evidencia la insanable ilegitimidad de los falsos dirigentes.

El combate que deben librar los intelectuales en estos tiempos agonales, a los que hay que poner con urgencia a salvo de la acción disolvente de las ideologías, es para hacer emerger a la dirigencia política que no tenemos y que, sin embargo, ambicionamos. Los intelectuales, como indicó Castellani hace muchos años (y no se le llevó demasiado el apunte), *tienen el sagrado deber de pensar la Argentina*. A lo que yo agregaría: para formar a los dirigentes que la patria requiere, ya sin demora.

Esto así en primer lugar porque la clave está en el espíritu que anime al dirigente y que éste será capaz de infundir en el orden social y las instituciones. Mientras dicho espíritu continúe siendo el que ha venido a alterar todos los órdenes de la sociedad política, las cosas no habrán de mejorar, antes bien, todo lo contrario. Podrán sancionarse leyes contra la corrupción, crearse tribunales especiales, organizarse seminarios y conferencias o nombrarse jueces en la Corte Suprema que sepan mucho de Derecho Penal: todo será en vano, en tanto subsista en la raíz el veneno que ha contaminado el fruto. Siguiendo a Platón, se necesitan dirigentes políticos y sociales que tengan conocimiento de las esencias (y en particular del hombre) y de los principios, que sean portadores por ende de una doctrina y no de un programa.

En segundo lugar, el dirigente debe estar formado en las virtudes, especialmente en las cuatro cardinales: justicia, fortaleza, prudencia y templanza. Alexandre Havard, director del Centro Europeo para el Desarrollo del Liderazgo, dice con razón: "El liderazgo es cuestión de carácter. El carácter es algo que podemos configurar, moldear y fortalecer. Fortalecemos nuestro carácter a través de la práctica habitual de hábitos morales sanos, llamados virtudes éticas o morales". Y agrega: "Los líderes tienen que ser virtuosos para ser líderes reales y, ya que la virtud es un hábito que se adquiere con la práctica, decimos que los líderes no nacen, se hacen", para continuar remarcando que "las virtudes son más que simples valores. Las virtudes son fuerzas dinámicas. De hecho, su raíz en latín, '*virtus*' viene de fuerza o poder. Cada una, si se practica habitualmente, reafirma progresivamente la propia capacidad para actuar"<sup>xlv</sup>.

De las virtudes cardinales, es sabido que la prudencia es la virtud arquitectónica de la política y la que el buen hombre de gobierno debiera lucir por antonomasia. No voy a discutirlo, porque pienso igual, pero puesto

a mirar los males de nuestra patria, tengo para mí que el vicio tal vez más notorio es la cobardía, la falta de coraje –en especial entre los varones– para hacer frente a esos males y a quienes los promueven con grosera impunidad. Por eso es posible que necesitemos líderes impregnados sobre todo de la virtud de fortaleza.

Grandes problemas requieren grandes liderazgos. Tal vez héroes. Preguntado Paul Johnson cómo distinguiría a un héroe hoy, contestó así: “Primero, lo reconozco por una independencia de pensamiento absoluto, que trata las verdades establecidas y el consenso con escepticismo. Segundo, por su capacidad de actuar de manera consecuente con su pensamiento. Tercero, por rechazar todo aquello con lo que los medios de comunicación nos bombardean si piensa que está haciendo lo correcto. Cuarto, por actuar con coraje, siempre sin tomar en cuenta el precio personal a pagar. No existe sustituto para esto. El coraje es la mejor y más noble de las cualidades, la única que es indispensable en el heroísmo en cualquiera de sus manifestaciones. El frutero de la esquina de casa ha cruzado nadando el Canal de la Mancha varias veces para juntar dinero para caridad. Él es un héroe”<sup>xlvi</sup>.

## **5. Hacerlo porque debe hacerse.**

Cada vez que he tocado estos temas, cada vez que me he unido con otros para convertirlos en proyectos y a éstos en realidades, no han faltado los que, con cierta conmiseración amistosa, nos han prevenido contra las utopías e intentado vacunar contra absurdos romanticismos. Nos han dicho que es una pérdida de tiempo (y de dinero), una ilusión vana, una negación de la realidad, un ir contracorriente. Han dicho también que la gente está en otra cosa, que tiene los gobiernos que se merece (o que se le parece), que no ve más allá de sus narices y que mientras no le toquen el bolsillo aceptará cualquier cosa. Por eso, suelen terminar, son ustedes tan pocos y no tienen ningún éxito.

Estas y otras cosas parecidas nos han aconsejado unos cuantos que pasan por ser personas buenas y llenas de sentido común. También hay otras no tan buenas que nos han dicho cosas no tan amables, pero de esas no voy a hablar.

Mi recomendación es contestar a los que tironean hacia abajo con estas palabras de Mons. Charles Emile Freppel, que me voy a permitir citar:

*“No conozco páginas más bellas en la historia que aquellas donde veo una gran causa en apariencia vencida, y que encuentra a su servicio hombres tan arrojados que no se entregan a la desesperanza. He ahí los grandes ejemplos que conviene proponer a la generación de nuestro tiempo, para inclinarla a que pongan al servicio de la religión y de la patria un coraje que no se deje quebrar por las derrotas pasajeras del derecho y de la verdad... Pero cualesquiera sean las alternativas de reveses o de éxitos que el futuro les reserve, la recomendación que yo querría darles es que jamás se entreguen al desaliento. Porque Dios, de quien somos y para*

quien vivimos, no nos manda vencer sino combatir. El honor de una vida, así como su verdadero mérito, consisten en poder repetir hasta el fin aquellas palabras del divino Maestro: "Lo que debimos hacer, lo hicimos" (Lc 17,10). El resto hay que dejarlo en manos de Dios, que da la victoria o que permite la derrota, y que hace contribuir a una y a otra al cumplimiento de sus eternos e impenetrables designios<sup>xlvii</sup>.

---

---

<sup>i</sup> Nicolás GÓMEZ DÁVILA, *Escolios a un texto implícito*, Bogotá, Villegas Editores, 2005, T° II, pág. 178.

<sup>ii</sup> S.E.R. Cardenal Louis Edouard PIE, Sermón predicado en Chartres, 1841, publicado en *Tradicón Católica*, n° 90.

<sup>iii</sup> Ramiro de MAEZTU, *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*, Madrid, Rialp, 1966, pág. 15.

<sup>iv</sup> Ramiro de MAEZTU, op. cit., ed. cit., pág. 40.

<sup>v</sup> Ramiro de MAEZTU, *Frente a la República*, Madrid, Rialp, 1956, pág. 113.

<sup>vi</sup> Debo al Dr. Alberto Solanet, quien me facilitó escritos y discursos de su antepasado José Manuel de Estrada, las citas efectuadas.

<sup>vii</sup> Juan Bautista WEISS, *Historia Universal*, Barcelona, Tipografía La Educación, 1929, Vol. VIII, pág. 47. V. también Ricardo GARCÍA VILLOSLADA S.I. y Bernardino LLORCA S.I., *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid, BAC, 1967, Volumen III, pág. 356.

<sup>viii</sup> 5.000 griegos y 2.000 extranjeros (Ricardo GARCÍA VILLOSLADA S.I. y Bernardino LLORCA S.I., op.cit., ed.cit., Volumen cit., pág. cit.).

<sup>ix</sup> Significa "Toda Santa", título dado a la Virgen por los ortodoxos griegos, quizás como oposición al dogma de la Inmaculada Concepción proclamado por la Iglesia.

<sup>x</sup> Juan Bautista WEISS, op.cit., ed.cit., p. 52.

<sup>xi</sup> Hasta un liberal clásico como Revel lo ha comprendido así: "...los intelectuales reescriben los hechos en función de sus ideas, y no a la inversa" dice, para agregar que en ello se advierte "una traición a la misión original del intelectual: comprender la realidad..." (cf. *El conocimiento inútil*, Buenos Aires, Planeta, 1989, pág. 303).

<sup>xii</sup> Mario Enrique SACCHI, *El mesianismo ideológico*, La Plata (Argentina), UCALP, 2010.

<sup>xiii</sup> Juan Antonio WIDOW, *El hombre, animal político*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2002, págs. 225/226.

<sup>xiv</sup> Thomas MOLNAR, *La Contrarrevolución*, Madrid, Unión Editorial, S.A., 1975.

<sup>xv</sup> Paul Johnson relata que en 1919, el periodista norteamericano Lincoln Steffens había acompañado a una misión oficial norteamericana enviada por el presidente Wilson a Rusia para comprobar qué sucedía en ese país. Al regreso, Bernard Baruch le preguntó cómo era la Rusia de Lenin, y Steffens contestó: "Estuve asomándome al futuro, ¡y funciona!". Johnson agrega que éste fue uno de los primeros comentarios de un liberal occidental acerca del nuevo tipo de totalitarismo, y fijó la pauta de muchas observaciones formuladas más tarde. Además suministra algunos datos útiles para medir el "funcionamiento de ese futuro": hacia 1918, las huídas en masa habían hecho que la población de San Petersburgo descendiera de 2,4 millones a 1,5 millones y que en 1920 la perdiese en un 71,5%; Moscú había perdido el 44,5%. En 1919, año de la visita de Steffens, la fuerza de trabajo de la industria rusa había descendido al 76% de su total de 1917. La producción total de bienes manufacturados era hacia 1920 equivalente al 12,9% del nivel anterior a la primera guerra mundial. (cfr. Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1989).

<sup>xvi</sup> Danilo CASTELLANO, *Racionalismo y Derechos Humanos (Sobre la anti-filosofía político-jurídica de la "modernidad")*, Madrid, Marcial Pons, Colecc. Prudentia Iuris, 2004, pág. 23.

- 
- <sup>xvii</sup> Orlando FIGES, *La Revolución Rusa (1891-1924)*, Barcelona, Edhasa, 2000, pág. 164.
- <sup>xviii</sup> Denes MARTOS, *Otra nueva década*, en [www.laeditorialvirtual.com.ar](http://www.laeditorialvirtual.com.ar)
- <sup>xix</sup> Orlando FIGES, *op. cit.*, ed. cit., págs. 171/172.
- <sup>xx</sup> Jorge Reinaldo VANOSI, *Prescripción, legalidad, amnistías e indultos*, Comunicación efectuada en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas el 25 de julio de 2007.
- <sup>xxi</sup> Carlos I. MASSINI CORREAS, *La ley natural y su interpretación contemporánea*, Pamplona, EUNSA, 2006, esp. págs. 106/107.
- <sup>xxii</sup> Danilo ZOLO, *La justicia de los vencedores (De Nuremberg a Bagdad)*, Madrid, Trotta, 2006, pág. 93: "La defensa de los derechos humanos, según Ignatieff, garantiza a cada individuo la libre 'capacidad de actuar' (*agency*) para la realización de fines racionales. El presupuesto filosófico-político de la doctrina de los derechos humanos, sostiene Ignatieff, es el individualismo político, y su contenido esencial es la protección de la 'libertad negativa', en el sentido que Isaiah Berlin atribuyó a esta noción en contraposición a la de 'libertad positiva'. No hay duda de que el individualismo, como lo subrayó otra vez Bobbio, es la premisa filosófico-política general de la doctrina de los derechos humanos".
- <sup>xxiii</sup> V. Gonzalo IBAÑEZ SANTAMARÍA, *La utopía democrática: libertad e igualdad*, en *¿Crisis en la democracia?*, Madrid, Speiro, 1984, pág. 107.
- <sup>xxiv</sup> Dalmacio NEGRO, *El primitivismo y Europa*, en *Verbo*, n° 495-496, Madrid, págs. 445/446.
- <sup>xxv</sup> Denes MARTOS, *Minorías y mayorías*, en [www.laeditorialvirtual.com.ar](http://www.laeditorialvirtual.com.ar)
- <sup>xxvi</sup> Félix LAMAS, *Ensayo sobre el orden social*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Filosóficos Santo Tomás de Aquino, 1985, pág. 209.
- <sup>xxvii</sup> Danilo CASTELLANO, *Orden ético y derecho*, Madrid, Marcial Pons, Colecc. Prudentia Iuris, 2010, pág. 19.
- <sup>xxviii</sup> Conf. Dalmacio NEGRO, *Estado y conciencia: una perspectiva histórica*, en AA.VV. *Estado, ley y conciencia*, Madrid, Marcial Pons, Col. Prudentia Iuris, 2010, pág. 43.
- <sup>xxix</sup> Nicolás GÓMEZ DÁVILA, *Sucesivos escolios a un texto implícito*, Villegas Editores, Bogotá, 2005, pág. 19.
- <sup>xxx</sup> Georges CHEVROT, *El pozo de Sicar*, Rialp, Madrid, 2000, pág. 238.
- <sup>xxxi</sup> PLATÓN, *Eutifron*, cit. por Romano GUARDINI, *La muerte de Sócrates*, Emecé, Buenos Aires, 1997, pág. 54.
- <sup>xxxii</sup> JUAN PABLO II, Homilía durante la misa celebrada en el Logan Circle de Filadelfia, EE.UU., el 3/10/79, en *Heraldo de la Paz*, Madrid, BAC, 1980, pág. 281.
- <sup>xxxiii</sup> JUAN PABLO II, Carta a los universitarios de México y de América Latina, 15/2/79, en *Juan Pablo II a los Universitarios*, Madrid, EUNSA, 1980, pág. 93.
- <sup>xxxiv</sup> Jn 8,32.
- <sup>xxxv</sup> Francisco ROBLES, *Mester de progresía*, España, Almuzara, 2005, págs. 21/24.
- <sup>xxxvi</sup> Leonardo CASTELLANI, *A modo de epílogo o epílogo intruso*, al libro *La revolución que anunciamos* de Marcelo Sánchez Sorondo, Nueva Política, Buenos Aires, 1945, pág. 268.
- <sup>xxxvii</sup> Alasdair MACINTYRE, *Ética y política-Ensayos escogidos II*, Nuevo Inicio, Granada (España), 2008, págs. 171/172.
- <sup>xxxviii</sup> Étienne GILSON, *La unidad de la experiencia filosófica*, Madrid, Rialp, 2004, pág. 62.
- <sup>xxxix</sup> Milan KUNDERA, *El libro de la risa y del olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1987, págs. 227/228.
- <sup>xl</sup> Romano GUARDINI, *El Señor*, Madrid, Rialp, 1963, pág. 688.
- <sup>xli</sup> PÍO XII, Mensaje del 24/12/1954.
- <sup>xlii</sup> Arturo USLAR PIETRI, *Un mundo obscuro*, en *La Nación*, 1995 (copia en mi archivo, sin otra fecha que el año de su publicación).
- <sup>xliii</sup> *La Nación*, 20/10/2008, pág. 9.


---

<sup>xliv</sup> Henri MASSIS, *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956, pág. 125.

<sup>xlv</sup> Se trata de una entrevista realizada por Zenit el 14/4/2008 a Alexandre Havard, quien, además de haber ideado el programa ejecutivo titulado "Liderazgo virtuoso", es autor del libro en inglés *Virtuous Leadership: An Agenda for Personal Excellence* (Scepter).

<sup>xlvi</sup> Paul Johnson en el reportaje hecho por Juana Libedinsky en Londres, para adnCULTURA-La Nación, 9 de febrero de 2008.

<sup>xlvii</sup> Monseñor Charles Émile Freppel (1827-1891) fue obispo de Angers (Francia) y fundador de la Universidad Católica de esa ciudad. Brillante orador y gran defensor del Estado católico, escribió varios libros, entre ellos uno sobre la Revolución Francesa en el año de su centenario y una refutación a la Vida de Jesús escrita por Renán, que tradujo al castellano nuestro José Manuel Estrada.

	<b>Director: Fernando de Estrada</b> Instituto de la Realidad Nacional
año 14   abril – mayo de 2015	<b>Nº 62</b>

## **UN TESTIMONIO DEL CENTENARIO**

*El 30 de mayo de 1910, Ángel León Gallardo, quien por entonces tenía 17 años, hijo mayor de don Ángel, escribe a sus tías Cantilo, que estaban en Europa, relatándoles las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo, que acaban de tener lugar. Como el relato es espontáneo y pródigo en detalles poco conocidos, estimo que su transcripción íntegra resulta de interés.*

**Juan Luis Gallardo**

*Queridos ausentes:*

*El tema que se me ofrece es tan vasto que me siento atemorizado al empezar estas líneas, y desistiría de escribir si se dirigieran a cualquiera otra persona que a uds.; pero sabiendo la indulgencia que tienen y más que todo lo que le gusta a M. E. (Ma. Elena Cantilo de Arteaga, tía materna) recibir cartas. Trataré pues, de hacer un bosquejo de las principales fiestas, no que ha habido, sino a que he asistido en el Centenario.*

*Me parece, por de pronto, que los festejos han sido lindísimos y han superado a las esperanzas más halagüeñas que se podrían tener. No solo ha sido hermoso el programa y su realización, sino cómo ha respondido el pueblo al llamado de sus autoridades y su patria.*

*La atmósfera que ha habido es indiscutible, creo que podría servirles de dato el saber que llevo oídos 52 himnos nacionales argentinos, 7 chilenos y 4 marchas reales españolas. Ha bastado que se reuniera un grupo de siete u ocho personas y empezaran a cantar el himno para que al ratito fueran seguidas por una o dos cuadras de gente, viviendo a la patria y en medio de un entusiasmo delirante. El embanderamiento ha sido abundantísimo y había calles, como Florida, cerradas arriba de banderas de todos países abundando las españolas y predominando entre todas la argentina.*

*El delirio de blanco y azul, de azul y blanco, es increíble. Escarapelas, escudos, banderas, cintas, todo, todo, pero en una proporción que no se imaginan.*

*Las fiestas más lindas para mi gusto son: la peregrinación nacional a Luján, la llegada de la Infanta Isabel de Borbón, la función de gala en Colón, la llegada del presidente de Chile don Pedro Montt, su partida, la inauguración del monumento a San Martín, la gran procesión cívica, la noche del 24 al 25 de Mayo y las numerosas manifestaciones estudiantiles. La peregrinación a Luján fue la primera fiesta: una muchedumbre enorme*

---

se repartió en cinco trenes, iba el Sr. Arzobispo, varios obispos, ministros y una cantidad de sacerdotes. Cantando cánticos a María nos encaminamos a la Basílica que está muy linda y bastante adelantada aunque uno siempre la encuentra un poco más atrasada de lo que la suponía o recordaba. Comulgamos y después de la misa y del almuerzo sacaron en procesión alrededor de la plaza a la imagen de la Virgen, hecho que no ocurría desde hace muchísimos años: en el momento de franquear el umbral de la Basílica, el clero y el pueblo acompañados por una banda prorrumpieron en las notas del Himno Nacional. El momento no podía ser más solemne e involuntariamente gruesas lágrimas corrían de los ojos de todos los que presenciaban esta grandiosa explosión de fe y patriotismo. Monseñor R (\*) habló elocuentemente y después de dar vuelta a la plaza a la imagen seguida de una larga procesión que cantaba el Ave María regresamos a la estación donde estuvimos esperando como una hora el tren de peregrinos. El Padre Guerrero, que yo tanto quiero y aprecio, nos distrajo afablemente en el rato de espera.

Pero ¿a qué contarles los festejos del Centenario que están perfectamente relatados e ilustrados en "La Nación" (que creo uds. reciben)? ; mejor sería comunicarles mi impresión particular, valga lo que valiere.

Sin los anarquistas, hubiera sido un fiambre y he aquí porqué. Estos insensatos habían empezado por decretar huelgas generales para el Centenario, bombas, muerte para Figueroa, para la Infanta, para el presidente de Chile, para "los ricos", para "los curas", bombas en Colón, bombas en el Te Deum, bombas, bombas de dinamita, de vitriolo, de...cualquier cosa, hasta de crema, lo principal era que las bombas concluyeran con toda la población y la ciudad de Buenos Aires: la gente temblaba, se hablaba del Centenario en voz baja y trémula, se veía como una hecatombe solo comparable a la que nos causaría el cometa de Halley.

Mientras los ácratas tocaron el resorte del terror, tuvo un éxito increíble pero...el 13 de mayo, su principal órgano "La Batalla" se expresa en los términos siguientes<sup>xvii</sup>:

"El Centenario va a ser una ocasión única para concluir con la sociedad y le mostraremos a este pueblo de mulatos, cómo se arrastra su puerca bandera azul y blanca por el barro de la Av. de Mayo"

Decirles la indignación que despertó esta frase, es imposible. ¡Insultar a la bandera! ¡la bandera que es el más puro y noble de nuestros símbolos! Que se insultara al gobierno, a la religión, al clero, a la familia, al pueblo, se aguantó, pero la bandera no! El degenerado que tuvo la feliz inspiración de escribir esto, hizo más bien al Centenario que los más fogosos discursos de Roldán y las más metódicamente patrióticas medidas de la Comisión del Centenario en que se mandaba entusiasmarse a las 9 de la mañana pensando en la gloria de nuestra patria, conmoverse a las 10 en recuerdo de las víctimas de la revolución, exaltarse a las 11...etc. día por día y hora por hora. Pero el artículo ese, junto con el hecho de haber sido arrancada y escupida la escarapela argentina que llevaba una chica de 7 años y la prohibición de estos "personajes" de ponerse los colores blanco y azul, produjo una reacción patriótica que como les he dicho ya, no puede referirse por escrito.

Todo el mundo, mujeres, hombres, estudiantes, niños, trabajadores, obreros, desde Papá hasta la última "midinette", desde Mamá Basualdo

---

hasta Alejandrino (el chiquito menor de Celina) (\*\*) se pusieron o una escarapela, o un escudo, o cinta celeste y blanca, o prendedores alegóricos, cualquiera cosa que demostrara su adhesión al sentimiento patriótico. El aspecto de las calles era curiosísimo y de lo más característico. Al mismo tiempo los estudiantes quemaban a los gritos de "viva la Patria" y cantando el Himno Nacional, la imprenta de "La Batalla" y varios centros rusos terroristas, se decretaba el estado de sitio y eran tomados cincuenta de los sesenta cabecillas anarquistas, varios de estos eran linchados por los muchachos en la calle, las banderas rojas del Club "Francisco Ferrer" eran arrastradas y escupidas en la Avenida de Mayo, y no hubo mozo, ni estudiante que no anduviera con un diario ruso, o una novela incendiaria, o un Kant, o un Espinosa en el bolsillo, tomados en asaltos de los clubs y centros anarquistas. ¿A qué hablar de las manifestaciones con pedazos de muebles, patas de sillas, fragmentos de linotipos, etc. tomados en estos mismos asaltos?

Kiosko que vendía libros anarquistas era despedazado y volteado; cuarto de anarquista: arrasado y quemado...en fin ha habido tantos y tantos actos de salvajismo, pero de un salvajismo simpático y que nadie puede reprobar puesto que era impulsado por un sentimiento sagrado.

Por fin se asentó esta efervescencia y quedó el verdadero patriotismo. No se figuran lo conmovedor de las manifestaciones estudiantiles, los vivas a la patria, a sus autoridades, a la paz y confraternidad universales, a la revolución del año 10, al clero argentino, a todo aquello, en fin, más simpático y noble que conoce el pueblo. El Himno Nacional lo hemos interpretado admirablemente y arrancaba lágrimas a todos los que lo oían.

¡Si vieras cómo te he recordado, M.E.! No creas que lo digo como se suelen decir tantas cosas en las cartas, automáticamente, sino que lo he repetido varias veces en casa: era una cosa muy de tu gusto.

Como ya les he dicho el aspecto de fiesta de la ciudad fue extraordinario: nubes de banderas, masas de gente, arcos triunfales que cruzaban las calles de lado a lado, y un entusiasmo que salía por todas partes, desde la vidriera más miserable que se creería deshonrada si no tuviera un retrato de San Martín con blanco y celeste, hasta el adorno, realmente artístico de Gath y Chaves. Nadie, absolutamente nadie ha dejado de poner en su casa banderas y en su ojal una escarapela.

Con ese sentimiento público tan universal, claro que las fiestas resultaron lindísimas, pues la grande y continua fiesta era el ver al pueblo y a las calles.

La llegada de Su Alteza Real la Serenísima Sra. Infanta doña Isabel de Borbón, fue uno de los primeros números del programa.

La plaza y la Avenida de Mayo estaban totalmente cubiertas de gente que tenía el aspecto, poco poético, pero bastante aproximado del caviar, tal era el apiñamiento de las cabecitas una al lado de otra: el número era incalculable y las cifras de cien y ciento cincuenta mil que propusieron los diarios no dicen nada pues lo mismo pueden poner uno, dos, tres millones, puede decirse que era una masa inconmensurable.

Para describirles a la Infanta Isabel, de la que he enumerado los verdaderos títulos más arriba podría valerme de esta vulgar parodia: Su Gordura Real la Agitadísima Señora Elefanta doña Isabel, etc. Iba al lado de Figueroa Alcorta en una espléndida calesa a la Daumont con un gran ramo

---

de orquídeas en la mano que inclinaba saludando al pueblo que la aclamaba frenéticamente.

La Infanta no es ni una imponente y majestuosa princesa, ni una esbelta y misteriosa noble medieval, sino una excelente, gorda, roja, congestionada y retacona señora como hay mil en misa de once y que no asusta nada bajo sus blanquísimos cabellos. Su única brujería consistía en convertir al pobre Figueroa en un viejo achucharrado y grisáceo, (por contraste).

La manifestación que siguió al cortejo de quince coches en que iban las marquesas, condesas y generales del séquito de Su Alteza, fue grandiosa.

Para abreviar: la llegada del presidente Montt fue más o menos lo mismo pero con más gente, mucha más tropa y doble número de calesas. Don Pedro Montt es una especie de Alberto Basualdo: moreno, delgado, de pelo gris y con anteojos, hay que decir que al pobre no lo favorece nada su tipo. Los realmente simpáticos son Eduardo y la Sra. que venían entre los acompañantes de Montt. Como tal recuerdas, M.E., vinieron de Europa con nosotros y fueron muy cariñosos. Ella es muy bonita, joven y graciosa y ha llamado sumamente la atención en Bs. As., él es muy buen mozo e inteligente, así es que formaban en realidad, la pareja más interesante de huéspedes ilustres. La Infanta se aloja en lo de de Bary en la Av. Alvear y los chilenos en lo de Mihanovich, Juncal y Cerrito.

Los delegados de otros países son algunos muy importantes como el de Alemania, general von der Goltz, el de Italia, honorable Martini, pero los que mejor se han portado han sido España, que nos manda una tía del rey, y Chile, que no solo envía a su primer magistrado y un ministro, sino la flor de su ejército, la escuela militar chilena y sus principales acorazados. La escuela militar es un cuerpo espléndido, con unos uniformes preciosos, con una disciplina perfecta y una banda liadísima: está formada por muchachos de las primeras familias y despierta aquí un entusiasmo bien merecido. Trae una bandera bordada de oro que perteneció nada menos que al General San Martín: al verlos pasar el pueblo delira.

Las fiestas de confraternidad chileno-argentinas han resultado sumamente satisfactorias y creo que podemos considerarnos reconciliados con nuestro simpático y envidioso hermanito "prendido de los Andes para no caerse al mar"

Uno de los números más brillantes, aunque no puede contarse entre las fiestas populares, fue la gran función de gala en Colón, a la que tuve el gran gusto de asistir, gracias a Emilia.

El golpe de vista de la sala, con las alhajas de las señoras, las condecoraciones y los extraordinarios uniformes de los militares extranjeros, con la Infanta cubierta de brillantes de pies a cabeza, con Figueroa y todos sus ministros, el Intendente, etc. era soberbio y hubiera llamado la atención en cualquier parte del mundo. Por más que los pondere, esto sí que superaba a todo elogio y solo puedo decir, con los diarios, que quedará como una de las noches de teatro más notables de Bs. As. La opera que representaban era una de las que más voga tenían en el año 1810: la Vestale. Esta música desenterrada a los cien años, hubiera sido soporífera sin el conjunto deslumbrador de la sala que era el verdadero espectáculo. La Infanta estaba, como lo he dicho, cubierta de alhajas, varias de ellas de la corona regalada por Alfonso XIII: su color era

---

*inconcebible y solo un tomate parecería rosado al lado de su cara. Entre los personajes extranjeros, se destacaban por la esplendidez del uniforme, algunos alemanes venidos con von der Goltz.*

*Pero nada, nada, de lo que les he dicho, ni de todo lo que he visto, me ha hecho una impresión más profunda que la noche del 24 al 25 de Mayo.*

*El 24 a las once de la noche, salíamos en columna de la plaza San Martín, como cuatro cuadras de estudiantes en dirección a la plaza de Mayo por Florida. Íbamos cantando el Himno Nacional y recibiendo aplausos de todos los balcones.*

*Al acercarnos a la Avenida, el entusiasmo iba aumentando, a la par que la manifestación, que abarcaba como doce cuadras.*

*Por fin a las doce menos cuarto, llegamos a la plaza de Mayo. Cantando siempre el Himno, esperábamos ansiosamente que el reloj de la Municipalidad, nos indicara que habíamos cumplido el centenario de la Revolución. A las 12 menos cinco, Zeballos, con el tacto que lo caracteriza, se subió a una silla e intentó un discurso, pero un muchacho le gritó: "En el momento de celebrar el centenario, no es al Dr. Zeballos, sino al pueblo a quien le toca hablar!". Aplausos y vivas acabaron de desconcertar al inoportuno Estanislao que se retiró vergonzosamente. Al dar las doce, suena la sirena de la Prensa, las campanas se echan a vuelo, toca la histórica campana del Cabildo y se produce una confusión increíble: la gente lloraba a lágrima viva, se abrazaba, gritaba, vivaba, una explosión de patriotismo tal, que Monseñor Andrea que estaba en los balcones del palacio Arzobispal, no pudo menos que pronunciar unas palabras, emocionadísimo, concluyendo por bendecir al pueblo con una bandera argentina. Cuando las lágrimas permitieron entonar el Himno Nacional, estalló este vibrante y sonoro, no resonando sino propagándose por todas las calles de los alrededores y formando el pueblo todo un coro como nunca he oído: algo erizante.*

*Esta manifestación imprevista, espontánea, en que nadie había dado ni un peso, es lo que más impresión me ha dado de todas las lujosas y caras fiestas del Centenario.*

*Si quisiera enumerarlas todas, sería inacabable y solo les menciono aquellas a que he asistido, por eso suprimo números del interés y magnitud de la gran revista naval de todos los buques argentinos y extranjeros, los bailes en lo de Sansimena, Colón y Llavallol, a los cuales festejos no he asistido.*

*El desfile del 25 de Mayo ha sido, para los conocedores un triunfo completo: tal vez Panchito Arteaga les de detalles de él.*

*Lo que a mi más me llamó la atención fue el desfile de los soldados extranjeros. Estábamos en el balcón de la Municipalidad y había momentos en que parecía un sueño ver, por ejemplo, a más de 300 japoneses con su famosa bandera tan vista en los soldados de plomo, destacarse sobre la Catedral, los yankees, al son de una polkita completamente de opereta, los alemanes, excediendo a toda ponderación, los franceses, inmundos, los austriacos, muy correctos, los orientales, muy "pour la galerie" con una bandera de seda y un sol de oro, demasiado teatral, y así pasaban los italianos y algunas banderas que uno ni sabía bien de qué país eran.*

*Este desfile de los extranjeros no solo ha sido único aquí, sino que en pocas partes del mundo ha habido otro igual.*

---

Después de la Escuela Militar Chilena, que, como ya les dije es un cuerpo maravilloso y, para mi gusto, no deja nada que desear, venían los argentinos, y los argentinos, que pasaron como un río durante 3 horas!

De todo el ancho de la avenida, llegaban a producir la impresión que volvían los mismos, pues tenía la eternidad de las calesitas. Después de la infantería, seguía la artillería que desfiló a galope, produciendo un trueno cada cañón que pasaba. Seguía la caballería con una caballada espléndida, despertó un entusiasmo, que llegó al frenesí al pasar los granaderos.

Este desfile fue, ya les digo, único y tan lindo que dejaba como para la cama después de haberlo contemplado.

Otro número del programa que resultó bonito fue la inauguración del monumento a San Martín en la plaza del Retiro.

¿Recuerdan aquel pedestal de mármol rajado y chorreado de verde? Ha sido reemplazado por uno soberbio e inmenso de granito rojo con estatuas alegóricas y altos relieves. No lo describiré porque cuando haya buenas fotografías les mandaré una que será mucho más elocuente que yo.

Ha venido con motivo del Centenario, el famoso obispo chileno Monseñor Jara, que tantos éxitos oratorios ha conseguido en Europa. Y con razón, pues habla perfectamente y el día que lo hizo en la inauguración del monumento a San Martín, produjo una pieza oratoria de lo más vigorosa y conmovedora.

Un número inaudito y sin antecedentes aquí, fue la manifestación de señoras al mausoleo de Belgrano en que depositaron una corona. Señoras que nunca habían caminado, señoras que jamás habían pisado la calle, señoras jóvenes, muchachas, todas, cantando devotamente el Himno Nacional, hacían sonreír ligeramente al "jurar con gloria morir" que entonaban con igual recogimiento que el "Ave María". Pero fue una hermosísima prueba de fe y patriotismo y aún de valor pues las habían amenazado con bochinchas. Esta manifestación sí que era para M.E. que pedirse pueda y había momentos en que me parecía distinguir su voz típica.

El Centenario y la presencia de los personajes ilustres ha venido a darle solemnidad a una cantidad de fiestas que hubieran sido, sino, sin importancia. Así los premios a la Virtud, el anual opio en que la Sra. Presidenta murmura una inacabable nota, ha sido este año. Una linda fiesta a que asistió la Infanta, Montt, Figueroa, sus ministros, la duquesa de Nájera, el arzobispo, y varios otros ases. Carlos Rodríguez Larreta habló muy bien, saludando a la Infanta con un himno a España en que le atribuía todas las glorias argentinas.

La procesión del Corpus (el 26) fue también una gran manifestación.

Pero entre las más importantes, vino a cerrar las fiestas, la gran procesión cívica del Domingo 29. Ocupaba como quince o veinte cuadras, y tenía un gran entusiasmo, cantaba el himno, habló Figueroa, en fin ya desisto de seguir, es imposible contar las fiestas y concluyo sin relatar la fiesta veneciana en los diques, con todos los buques iluminados y góndolas representando cisnes, mariposas, la carabela de Colón, el Cabildo, la Sarmiento, la Pirámide; ni las iluminaciones, que fueron grandiosas; ni la inauguración de un ejército de próceres convertidos en mármol y bronce; ni...pero si sigo no voy a acabar nunca.


Reciban pues, un fuerte abrazo de su sobrino latero que ha hecho una ridícula tentativa para contar las fiestas del Centenario.

Ángel León

---

*P.S.: El delegado y enviado extraordinario de Dios para nuestras fiestas, el cometa, brillaba apacible y lívido sobre la ciudad en ebullición y su recuerdo queda, para mí, íntimamente ligado al Centenario.*

*¡Qué triste pensar que para su próxima visita no lo veremos ninguno de nosotros!*

	<p>Director: <b>Fernando de Estrada</b> Instituto de la Realidad Nacional</p>
<p>año 14   abril – mayo de 2015</p>	<p>Nº 62</p>

## SOBRE EL HONOR Y LA GUERRA

Por

Héctor Julio Martinotti (\*)

*Si al buitre que hoy me lastima  
no digo ¡basta! y no grito ¡no!  
y cambio de aire, de cielo o de clima,  
soy una cosa que ya se acabó.*

**Leonardo Castellani**

Como surge del Derecho internacional positivo los Estados deben mantener la paz bajo pena de quedar fuera del orden legal (*Pacto de Brian- Kellog*), aunque a algunos se les permita luchar a condición de **no declarar nunca la guerra**, es decir de no blanquear la trasgresión. Los ejércitos (de las naciones centrales) son considerados **fuerzas policiales** al servicio del *Sheriff* protector de la “democracia y los derechos humanos”, sin límite de jurisdicción ni circunstancia alguna.

Simultáneamente las viejas convenciones de guerra se derrumban y los pueblos se miran con odio (pulsión psíquica colectiva inherente a la “guerra total”). De allí brota la capacidad de alcance global y **de destrucción ilimitada** (incluida la población civil), en base a tecnología destructiva reservada a los amos del mundo unificado por la violencia y el miedo. En los largos años de bipolaridad se trataba de una mutua destrucción garantizada.

Antiguamente las guerras no eran consideradas crímenes y no había en ninguno de sus bandos mentalidad **policial**. En todo caso podían ser justas o injustas, conforme a las pretensiones de los beligerantes y a los medios empleados en la lucha, los cuales semejaban a **juicios de Dios**, como los

---

duelos entre caballeros. En la práctica ninguno de los contendientes estaba exento de responsabilidad, pero siempre se apelaba a la **justicia** y, como en los pleitos privados, solo diferían en la interpretación del *casus belli*, librado a la suerte de las armas y libre de arbitrajes no convocados por las partes.

Hasta el Renacimiento se observa un constante progreso técnico de las armas defensivas (corazas, murallas, tregua de Dios) sobre las ofensivas (lanzas, sables y caballos), además de claros distinguos entre combatientes y neutrales o frente y retaguardia. Poco importaba quiénes tenían razón cada vez, puesto que todos peleaban **fundados** en ella y, por eso mismo, respetaban al enemigo como portador de misma prerrogativa. Por lo tanto la vindicación de los propios fueros era una **cuestión de honor**. Si alguien prefería dejarse patear sin lucha era considerado santo o cobarde y el hombre de honor (único que portaba armas) estaba obligado a intervenir para defender al santo...o volver a patear al cobarde. No había "psicólogos militares".

No se concebían las "guerras de exterminio" (frecuentes en el siglo pasado) y se penaba con la muerte los excesos de la soldadesca sobre plazas tomadas. Por eso la guerra podía durar cien años (por la baja intensidad) y en el futuro el actual enemigo transformarse en aliado, según las circunstancias, porque en el fondo existía cierta simpatía mutua basada en la **igualdad en el honor** que brindaba el noble oficio de la espada.

Las contiendas teñidas de fanatismo religioso (cualquiera fuere su color) comercial o ideológico (frecuentes en la modernidad) procuran resultados radicales y definitivos: exterminando al enemigo se hacían la ilusión de haber creado un mundo armonioso e **invariable**, manía de todos los utópicos. A eso llamaron **progreso** antes de volverse cobardes; a partir de entonces se autodenominan **pacifistas**. Con el fundamentalismo jacobino apareció lo de la "nación en armas" (aunque el reclutamiento procedía de levadas forzadas) y las enemistades perpetuas consagraron los odios persistentes, de los que somos a la vez **víctimas y victimarios**.

La herencia nobiliar subsiste en los espíritus selectos de los **caballeros de la guerra** (Foch, Franco, Rommel, Montgomery, Mac Arthur, Patton). En suma: los que prefieren la **muerte al deshonor**. Cuando se enfrenta habitualmente a la muerte, también se enfrenta la servidumbre y la ruindad de la vida burguesa. Integra la alegría y el orgullo de vivir ese menosprecio por la seguridad (la propia, no la ajena), ese arriesgarla de continuo y **esa total indiferencia a perderla en defensa de la fe, de la raza o de la patria**.

Una vecindad, a la vez sonriente y mística, con la muerte daba enorme intensidad dramática a la vida, mantenía viva la religión, daba alas al

---

ingenio, profundidad al amor y resignación al moribundo. En contraste podemos ver a qué punto, de chocante degradación, la sociedad posmoderna ha prostituido las almas de los poetas, la piedad de los monjes, el valor de los soldados, el recato de las mujeres y la inocencia de los niños.

Desaparecido no el cristianismo pero si la cristiandad, el panorama de occidente se va cubriendo de lava, una gran erupción de barbarie amenaza sumergir los pocos tesoros conservados por la tradición asediada y repudiada por una cultura demoníaca. El *american way of life* rige tanto para practicar una democracia de pega como para sumarnos a conflictos ajenos, tanto para el amor sin familia como para el ocio sin intimidad, tanto para corromper al arte como degradar al deporte y tanto para cultivar la fe sin Dios como para desparramar la ciencia ajena a la verdad.

Pero bueno, éste es el mundo que tenemos y en el cual lidiar. **Dios nos ha puesto en el para probarnos y se lo agradecemos.** Todas estas reflexiones, o muchas otras que ahora obviamos, nos están permitidas si las acompañamos con la serenidad del militante y sin la mezquindad del fanático (que la Babel de hogaño invita a confundir). Si esto no se comparte, luchar no sólo será materialmente inútil y la derrota inexorable, sino moralmente pecaminosa (aparte del resultado) y políticamente destinada al oprobio.

**(\*) Ex Decano de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Católica de la Plata**